Nuestras propias historias

Leyendas y tradiciones II

MINISTERIO
DE **EDUCACIÓN**





Nuestras propias historias

Leyendas y tradiciones

II

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978 9942 22 348 7

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección “Nuestras propias historias” son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice




DALILA OLVERA
nació en Balzar, Guayas, en 1975. Trabaja en la Unidad Educativa 26 de Septiembre. Su actividad favorita es enseñar.

El toro con cabeza de oro

Una de las pozas del río Daule está hechizada: desde su profundidad recoge la fuerza de la diosa del agua, Mamacocha, y de allí emerge un gran remolino que aprisiona todo lo que toca.

Muchas primaveras, cuando la luna llena baña el rocío, se suelen abrir las puertas del encanto. Allí aparece un toro cuya cabeza tiene la magia del oro y cautiva a quien ose mirarlo. En



medio de la noche se puede aventurar el gran río Daule, desde la altura de la poza encantada hasta el otro lado: una gruesa cadena de oro labra el misterioso camino que transita.

La radiante cabeza del toro irrumpe en el vaivén de las apacibles aguas. Entre el resplandeciente color de la noche conjurada, a lo lejos se escucha el eco del ronco bufido. La bestia principia la peregrinación de la senda como queriendo recoger la cadena de oro que lleva atada a su gollete. Brama de manera que los peces danzan y las coloridas piedras se levantan formando una arteria de honor para que el toro realice el cruce señorial en busca de su secreto, pues nadie sabe hacia dónde va ni qué busca.

Unos rumoran que tiene un pacto con el espíritu indio y que, en cada luna llena, acude a visitar un santuario a la altura de una tola

que a lo lejos, en la noche, se muestra como un fuego refulgente, acompañado de la solemnidad de un himno que embriaga los sentidos. Otros dicen que cruza en busca de su otra mitad, su entrañable compañera, quien se adentró en una rocosa y solitaria cueva, de camino incierto, donde se le enganchó la cadena de oro en una gigante pared de piedras.

El gran toro con cabeza de oro, acongojado su corazón al no poder encontrar la luz de su amor, regresa cada noche con un candil encendido, con lágrimas que recoge después de que su ilusión se apaga. Luego se sumerge en la poza oscura y encantada, para volver a esperar una nueva noche de luna llena.




DAYANA DEL ROCÍO RIOFRÍO
nació en Machala, El Oro, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato del Colegio de Bachillerato Napoleón Mera. Su actividad favorita es nadar.

La laguna de la Tembladera

Cuenta la leyenda que, en Santa Rosa, provincia de El Oro, cerca de la parroquia rural Bellavista y del sitio San José, existe, desde hace muchísimos años, una laguna encantada, la laguna de la Tembladera. Desde las profundidades de sus aguas, en las noches de luna llena, cuando los vientos del Pacífico van y vienen sin cesar, se escuchan sonidos lastimeros que estremecen a todos



los lugareños. Son sonidos espeluznantes acompañados por los aullidos de los perros y el cacareo desesperante de los gallos, que parecen entablar conversaciones misteriosas entre sí. En ese bullicio aterrador también se pueden oír voces ocultas que salen de la misma laguna, anunciando la presencia de seres extraños.

En esas noches frías, parece que se observan miles de luces que brillan desde lo profundo, como si en el fondo de la poza existiera una ciudad encantada. Dicen que cuando se mira fijamente la laguna, uno es atraído por algo misterioso, que como un imán no lo deja fácilmente, y lo convierte en víctima de su encanto.

Dicen los lugareños que esa laguna es custodiada por un cocodrilo gigante que no deja pescar ni entrar a ver la ciudad

perdida. Si alguien se atreve a hacerlo y atrapa aunque sea un solo pez, el cocodrilo lo arrastra hacia lo más lejano de la orilla, donde se pueden escuchar los gritos aterradores que salen de la profundidad, y el pánico se apodera de él.

Un día llegaron a la laguna unos pescadores aficionados con su canoa, y desafiaron todas las habladurías sobre el lugar. Con el alma de acero, fueron hasta el centro y lanzaron la red. La gente del sector los miraba aterrada, presintiendo lo peor, porque sabían que en cualquier momento aparecería el gran cocodrilo, hasta que, de pronto, los ocultó una espesa niebla.

Con el alma en un hilo, los moradores se refugiaron en sus hogares y aseguraron bien las puertas de sus casas. A la mañana siguiente encontraron la canoa en medio de la laguna y miles de pescados muertos a su alrededor. De los pescadores nunca más se supo absolutamente nada.

MIREYA ARACELY CARVAJAL
trabaja en la Escuela de Educación Básica Veinticuatro de Julio

El tin tin

El campamento minero Tigre es un sitio muy apartado de Santa Elena. Pertenece a la parroquia Atahualpa, y allí quedaba una refinería donde trabajaban personas de diferentes lugares de la península. Sus casas estaban asentadas en lugares alejados del campamento, así que tenían que dirigirse al trabajo a pie.

En aquel lugar vivía la familia Tumbaco, cuyo padre era conocido como don Macao. Su casa estaba rodeada de árboles frondosos. Uno de los hijos de don Macao estaba casado con una



mujer muy bonita que todos los días amanecía con moretones en el cuerpo.

Este acontecimiento puso en sospecha al esposo y a los familiares, que pensaban que la mujer "le estaba jugando a la cuca"[1]. Como generalmente se dice, "pueblo chico, infierno grande"; así pues, estos acontecimientos eran la comidilla de todos los días.

En ese tiempo, los obreros trabajaban en la refinería por guardias. Un día, don Macao salía de su guardia a las doce de la noche, cuando se paró en una loma por la que pasaba diariamente. Como la luna estaba en todo su esplendor, al mirar hacia su casa pudo ver que en la azotea alguien caminaba con un bulto en brazos.

1 Lo estaba engañando.

Avanzó apresuradamente para ver qué era lo que pasaba, pero al llegar no encontró nada, todo estaba en calma. Su familia dormía profundamente; ni siquiera lo habían sentido llegar, lo que le llamó la atención, ya que en otras ocasiones lo esperaban despiertos.

Entró en sospechas y pensó: "Mañana le hago la guardia a mi nuera", y así lo hizo. Llevó al trabajo una linterna, una soga de cuero y un machete, por si acaso sus sospechas fueran verdaderas.

Don Macao habló con su compañero de guardia sobre lo que iba a hacer y este le permitió salir unos minutos antes. Esperó escondido por un árbol de guasango y a las doce de la noche observó que, ¡oh, sorpresa!, el tin tin sacaba en sus brazos, hasta la azotea, a una mujer completamente desnuda.

Al ver que un ser tan pequeñito pudiera cargar en sus brazos a una persona, se quedó atónito, pero se armó de valor y corrió hasta la casa dando machetazos. Cuando subió, lo azotó con la soga de cuero. El ser gritaba de una manera rara ante cada golpe, y de repente salió despavorido como si fuera un viento. La mujer quedó tendida en la azotea.

Al entrar a la casa vio que todos sus familiares estaban profundamente dormidos. Les gritó para que se despertaran pero no le hacían caso. Entonces, tomó una zapatilla y le dio un golpe a su hijo con esta, quien se levantó asustado.

—¿Por qué me pegas?

—Anda a ver a tu mujer, que está dormida desnuda en la azotea —le respondió.

Cuando la joven despertó, le contaron lo ocurrido y no lo podía creer. Desde ese día no pudo dormir tranquila, hasta que se fue a vivir a otra población.



CARMEN CUASPA
vive en Santa Martha de Cuba, Carchi. Está vinculada con la Unidad Educativa del Milenio Carlos Romo Dávila.

La vieja del monte de Santa Martha de Cuba

Los mayores decían que la mala hora era a la medianoche, pero no ha sido así, sino a las tres de la mañana. Esta es la historia de María y Clara. Las dos madrugaban todos los días: ambas ponían la alarma a las cinco de la mañana. Sin embargo, un día, a Clara le sonó a las dos.

Las amigas se encontraban frente al terreno de don Galo Vivas, y sin darse cuenta de la hora Clara se levantó y se fue a ver el ganado en compañía de sus dos perros. Se sorprendió de no encontrar a María, así que esperó un rato para ver si llegaba. De repente se dio cuenta de que donde acababa la luz de su lámpara había una mujer que la estaba mirando, hasta que se agachó. Clara pensó que era María y le dijo:

—María, ¿desde qué hora estás ahí?

Pero la figura no le contestó, siguió caminando frente a Clara. Enseguida sus perros empezaron a aullar. Clara sintió que un escalofrío le recorría todo su cuerpo. Muy nerviosa y asustada, aclaró con su linterna el suelo para ver los pasos de la persona que caminaba frente a ella, pero no había nada. Muy



asustada, se acordó de que su abuelo le había dicho que rezara y que no corriera, porque si la veía de frente, la vieja del monte podría matarla.

Clara la siguió muy despacio hasta que la mujer entró por unos arbustos. El viento soplaba muy fuerte. Clara se escondió en medio de su ganado y quiso esperar hasta que aclarara, pero cuando miró el reloj vio que eran las tres de la mañana.

María llegó al lugar donde siempre topaba con Clara y no la encontró. Luego de tanto esperarla, fue al lugar donde tenían el ganado y se sorprendió mucho, porque Clara ya estaba allí, muy asustada. Esta le contó lo que le había pasado y, sorprendidas y muy asustadas, las dos continuaron con su labor diaria con el ganado.

SILVIA RAMOS
nació en Madre Tierra, Pastaza, en 1971. Trabaja en la Unidad Educativa Presidente Tamayo. Su actividad favorita es seguir aprendiendo para transmitir mejores conocimientos.

Historias secretas

Siempre he tenido curiosidad por saber si los volcanes tienen vida. Siempre me ha atraído la incógnita de qué tendrán por dentro. Un día, en una conversa que tuvimos en mi casa, mi madre contó que, después de una enfermedad fuerte, mi tío fue sanado por un curandero. Luego de unos meses, comenzó a ver espíritus; incluso podía conversar con ellos.

Los familiares llegaron a pensar que mi tío estaba loco. En la finca lo encontraban amarrado con bejucos en formas sorprendentes. A veces, su voz cambiaba según quién se apoderaba de su cuerpo.



Un día, en el patio de mi abuelita, llegaron unos espíritus que por medio de mi tío se presentaron como los cerros Tungurahua, Sangay, Zumaco, Guagua Pichincha, Cotopaxi, Chimborazo, Altar y Reventador. Mi tío decía que la *mama* Tungurahua era una monja, y que nunca iba a destruir la ciudad de Baños.

Una noche estábamos sentados en una vereda y vimos que el cerro Sangay lanzaba dos rayos a la *mama* Tungurahua. Entonces, mi tío nos indicó que los cerros juegan y que esas luces eran dos curanderos que habían pasado de una montaña a la otra.




XIMENA DEL CISNE VILLALTA
nació en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cabo Castillo.

La querida del duende

En el barrio Jibiruche de la parroquia Bellavista, cantón Espíndola, aparecía un fantasma más conocido por todos como "el duende". Los habitantes vivían aterrados, ya que este hombrecito de pequeña estatura —como la de un niño de cinco años— se llevaba a los animales, jugaba con los niños perezosos y hacía rodar los zapatos de las personas a cuyas casas entraba.



Todos se preguntaban por qué el duende vendría justamente a su barrio. Lo que los habitantes no sabían era que el duende se enamoraba de chicas de cabello largo, bonitas y que aún no hubieran perdido su virginidad, y en aquel barrio había encontrado una con esas características: Irma Jaramillo. Ella llegó a ser su querida con el pasar del tiempo, y el duende se le empezó a aparecer diariamente. Irma ya estaba poseída: pasaba en su casa con la mente en blanco, como si estuviera bajo los efectos de drogas. Iba a donde el duende la citara y conversaba entusiasmadamente con él.

Pero se fue haciendo cada vez más grave, ya que Irma, luego de conversar con el duende, caía desmayada y botaba espuma por la boca. Sus padres se dieron cuenta y empezaron a seguirla. Detrás de la iglesia, la vieron hablar y reírse sola; ellos no podían ver al duende.

Los habitantes del barrio empezaron a ayudar a los padres de la joven a cuidarla, ya que ella salía sin su permiso. Comenzaron a llevarla a misa y todo el tiempo pasaba acompañada. Sin embargo, la desesperación de este ser maligno seguía creciendo poco a poco, el acoso era cada día mayor. Incluso asomaba cuando estaba en misa, y tiraba piedras a los fieles para que ella supiera que estaba allí.

El temor se apoderó de sus padres y del barrio, así que decidieron llamar a un sacerdote para que realizara un exorcismo. Este pidió que lo ayudaran dos catequistas: una del barrio Jibiruche y otra de Cariamanga. Pero el exorcismo no funcionó: Irma tenía desmayos cada vez más frecuentes y más fuertes; sus padres ya no sabían qué hacer. Finalmente, tuvieron que irse del barrio sin avisarle a nadie. Se llevaron a su hija a Quito, donde actualmente vive.

Cuando el duende se dio cuenta, empezó a perseguir a las catequistas. Un día domingo, cuando Marlene, la que vivía en Cariamanga, se dirigía a su tierra, este ser maligno le provocó un accidente. Ocurrió en el barrio Sopoto, a unos kilómetros de Jibiruche, un lugar plano donde la vía es recta; lo que hizo el duende fue lanzarle una roca.

En la actualidad, la joven Irma tiene su matrimonio formado. El duende la dejó en paz porque se llevó otra alma en lugar de la suya. Desde ese tiempo no ha aparecido en el centro del barrio por temor, pero los habitantes de Jibiruche cuentan que aún lo pueden ver frente a la cancha de gallos las personas que beben hasta altas horas de la noche.

Esta historia es real, me la contaron los habitantes del barrio, una ocasión en la que me senté con María Salinas, Julio Vicente y Luis Cumbicus.



MARÍA CONCEPCIÓN GUAMÁN nació en Columbe, Chimborazo, en 1975. Actualmente es agricultora. Su hijo Alex Iván Guaraca estudia en el Centro Educativo Estanislao Zambrano.

Suchu pikimanta ñaypa rimay

Shuk Kutikan ishkay runakunami tiyashka chay pachapika kusatik warmitik chaymanta kusataka hunku hapishka chaymantaka kusaka wasillapimi i kawsaykashkakashkachayta rikuspaka warmika *hacendado* amukunapakmanmi rikkashka murukunata pallanaman, rikukkashka punllakunata murukunata pallakshpaka wasiman tikrashpa purikushpaka shuk punllaka killa hapishkallami pay chayamunkapakka

chay unkushka kusaka yañushpa shuyakushkallami warmika chayta rikushpaka kusaka nishkami wamirku ñami tukuy yanurkani mikusha ninkichu, u mana nikpika warmika mana imata kutichishkachu chaymanta kusakav niskami mikushpaka hunka puñunaman shamunki nishkami kusaka warmika mana uyashpaka tullpa punkupi sakirishkallami chaymanta ñapash shuk wiwa rikurishkallami, chayta kusa rikushpaka hamayta mancharishpaka ayllukunaka kaparishka kayllaman suchushpalla llushipaka hamayta kaparishkallami ayllukuna shamunchik shuy wiwami ñuka wasi ukupi rikuri chay uyashpaka ayllukunaka shamushkallami chayta rikushpaka ayllukuna maycharishkami wasitamari tukuy hapichikka, wasita hapichikpika wallallami puyumi rikurishkalla tukuy wasita rupachikpaka ushpata hapishpami shuk wakichinapi churashka yaku patamun chayta shitanamun rishka, chay shitamnamanka shuk mashita shitanaman kachashka chaypi sakinaman richun. Chay mashika chay wachinata pashkashpa rikukunpika napash chaymantaka hamaytami pikikuna llushikallariska paytaka tukuymi mishukka.



La pulga inválida

Había una vez una pareja de esposos. Un día el esposo cogió una enfermedad, así que pasaba solo en la casa. Observando eso, la esposa acudía todos los días a la hacienda a recoger los productos, pero un día al volver de la hacienda le dio pereza y se tardó mucho. Al llegar a la casa vio que su esposo había fallecido. La esposa se asustó, pero el fallecido le dijo:

—Querida esposa, yo ya terminé de cocinar, ¿deseas comer? —La esposa no respondió absolutamente ni una palabra y él siguió—: Comiendo pronto, ya vendrás para dormir.

La esposa no escuchó las palabras del esposo y se quedó en la puerta del fogón. Luego, de pronto, se asomó un animal. Observando eso, el esposo se asustó mucho, salió arrastrándose hacia fuera de la casa y llamó a todos diciendo:

—Vengan, vengan, familiares, a ver que un animal se ha aparecido dentro de mi casa.

Escuchando eso, los familiares se acercaron a ver qué era lo que ocurría y, en eso, decidieron quemar la casa. Entonces los envolvió una neblina oscura. Después de que se quemó toda la casa, recogieron la ceniza en un recipiente grande y lo llevaron al filo del río para arrojarlo, pero al abrir el recipiente asomaron muchas pulgas que se comieron a quien fue a arrojar la ceniza.

RAMIRO MIGUEL SACA
nació en Alamor, Loja, en 1982. Trabaja en el Colegio de Bachillerato Pindal. Su actividad favorita es enseñar.

La serpiente arcoíris

Cerca del cerro de Guachanamá, en una tarde nublada, caminaba Yolanda, una muchacha de cabello largo y sonrisa delicada; además de su belleza, sus manos y su cuerpo reflejaban la imagen de una mujer trabajadora y decidida a enfrentarse al mundo. Bajaba muy apurada a apartar los terneros para poder ir a ordeñar al día siguiente, como era su costumbre. Hacía mucho

frío y un aire espeso que helaba la sangre corría lentamente por sus mejillas. La neblina hacía parecer que era de noche pero para ella no había nada extraño: era el clima natural de su tierra en esa fecha del año.

Caminaba de prisa, pues en su cabeza llevaba el pensamiento del baile que aquella noche se celebraría en su barrio. En ese vaivén de ilusiones escuchó de pronto un silbido que venía como de sus mismos oídos. Siguió caminando, pero parecía como que algo detenía sus pasos. De repente, nuevamente el mismo silbido. Esta vez paró en seco, como si sus pies se hubieran clavado al piso. Miró a todos lados y no observó nada. Después de unos segundos sintió que un aire tibio le golpeaba el cuerpo y le traía un poco de confort en medio de aquel clima, pero a su vez le entró un escalofrío al alma. Al alzar la vista, se encontró frente a frente con



los dientes y la lengua de una serpiente de un tamaño jamás visto. Parecía que flotaba, porque la miraba desde el cielo. Era del color del arcoíris; mejor dicho, si ella no hubiera visto su cabeza, que helaba el alma, habría pensado que lo era.

A pesar de ser una mujer enseñada a madrugar y a viajar por lugares tenebrosos, en ese momento sintió que sus piernas se hacían agua y que su mente flotaba como si alguien le hubiera dado un golpe. Quería gritar y saltar, pero su cuerpo estaba congelado. El aire tibio parecía ser el causante de la inmovilidad, o acaso lo era el espanto que le provocaba aquella bestia sacada de sus peores pesadillas.

El ladrido de Bobby fue como un rayo de energía para su cuerpo y su alma. Nunca había sentido tan caluroso un ladrido de su perro, que rara vez la acompañaba y que, cuando lo hacía, se dedicaba únicamente a oler huellas de animales del campo y a buscarlos, sin hacer mucho ruido. Había veces que sus ladridos se escuchaban lejos y más lejos hasta que desaparecían; otras veces volvía todo mordido por las duras peleas con los sajinos, que eran muy comunes en ese lugar.

Cuando al fin se pudo mover, recordó lo que alguna vez le había advertido su abuela: que cuando en los días nublados se le apareciera una serpiente gigante del color del arcoíris, le arrojara orina para espantarla. El mito en aquel lugar era que este animal dejaba embarazadas a las mujeres jóvenes. Claro que nunca daban a luz: al momento del parto se iban en sangre, y morían sin remedio. Este pensamiento cruzó por segundos su cabeza, pero no pudo más que correr sin pensar si la dejaba embarazada o no. Corría lo que sus piernas y su físico le permitían, sin mirar atrás. Cuando al fin se decidió a parar, se percató de que estaba muy lejos de donde le había ocurrido el susto. Junto a ella estaba Bobby, que también había corrido por su vida.

Miró a todos lados rápidamente, sin dejar de ver el cielo. Solo estaban los terneros que debía apartar. Agarró al perro del pescuezo, lo amarró con una soga y regresó a su casa. Claro, esta vez lo hizo por otro camino, aunque fuera más largo.

Por esas épocas se descubrió que estos animales salían de lagunas encantadas que la gente no dudó en hacer bendecir. Con esto, se fueron secando, y se cree que por eso en la actualidad ya no existen estos seres, que parecían ser sacados de una película de terror.




BRIGITH SALAZAR
nació en El Chical, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ecuador. Su actividad favorita es bailar.

El duende

Cada tanto, mi mami sabía dejarnos solos por dos semanas. Una vez, a los cuatro días de lo que se fue, llegó Elvira Guiz, mujer del señor Lázaro Chamba, con su hija Genoveva, a quedarse en nuestra casa. Le dimos un gallo para que lo pelara y merendar todos. Aún era temprano, así que bajamos a jugar a las escondidas por los plátanos, cuando de pronto maulló un gato. Emocionados, lo fuimos a buscar, guiados por el sonido que emitió, pero el maullido se volvió a escuchar en otro lado.

Doña Elvira nos dijo:

—¡A ver, que eso no es cosa buena, es una tentación!

Ya estaba oscureciendo, y nos fuimos corriendo a la casa. Una vez dentro, le dijimos a la señora:

—Usted duerma en un cuarto con su hija y nosotros dormiremos en el otro.

Pero ella respondió:

—No, yo no dormiré en ese cuarto. Yo dormiré en el corredor, pero préstenme dos machetes.

Mis hermanos se asustaron al escuchar esto, porque a todos se nos pasó por la mente que nos haría algo. Sin embargo, la señora puso los machetes en cruz y todos dormimos ahí en el corredor;



mi hermano Jorge durmió al lado de la puerta, bien envuelto en una cobija.

Creo que eran alrededor de las diez de la noche cuando la señora Elvira cogió los machetes y los hizo sonar. Decía:

—¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal!

Todos nos despertamos asustados y nos dimos cuenta de que a nuestro hermano Jorge se lo estaba llevando una tentación. Ella se dio cuenta porque vio a alguien en la cocina: un hombre pequeño con sombrero grande, pantalón corto y camisa corta.

Esa noche no pudimos dormir hasta que amaneció, y luego la señora se fue con su hija. Allí nos dijo que no volviéramos a dormir en la casa solos.

JUSTO CLAUDIO REINA
vive en San Isidro, Carchi. Está vinculado con la Unidad Educativa San Isidro.

El encanto y la fantasía de un pueblo

Allí, en esa pequeña casa blanca esquinera, ubicada en las calles Sucre y Ventanillas de la parroquia San Isidro, cantón Espejo, provincia de Carchi, vivió la familia formada por los cónyuges Luis Eduardo Reina y Rosa María Chalacán, y sus cinco hijos.

Precisamente en esa habitación de paredes de adobe y techo de teja se reunían padres e hijos. Alrededor del fogón de la tulpa y de un mechón que alcanzaba a aclarar un pequeño cuarto que hacía de cocina y comedor, fue el escenario propicio para que mi padre, Luis Eduardo, fuera el centro de atención con sus relatos de huacas, duendes, viudas, diablos... Quizás estos personajes y hechos de la mitología propia de su pueblo rural se convirtieron en la manera de escapar de su ajetreada labor de campo.

Mi padre, que apenas había cursado el tercer año de primaria en la escuela del lugar —y luego para sostener el hogar fue un huasipunguero y a la vez un artesano—, inspiró que esa sabiduría popular fuera calando en mi memoria y recreando un sinnúmero



de utopías. Dentro de esa antología de creencias, vivencias y quimeras, don Luis Eduardo contaba sobre "la muerte de una penca", que se desglosa en el siguiente testimonio.

Estuardo, junto a un grupo de seis hombres, planificó salir a una expedición en busca de una huaca, como se llama a los tesoros escondidos bajo tierra. El Gritadero, ubicado cinco kilómetros al norte de la parroquia San Isidro, fue el lugar escogido por los personajes.

Los hombres esperaron la noche de un 3 de mayo y viajaron hasta el lugar seleccionado. Realizaron los trabajos preliminares y las varillas para detectar el tesoro, y dieron con el sitio exacto: una zanja que dividía dos propiedades. Antes de iniciar la excavación, los participantes compartieron tareas: unos cavarían el suelo, que estaba bastante suave, mientras otros montarían guardia.

Estuardo estaba sobre el borde de la zanja y había dos hombres en el filo del hueco, cuidando que nadie se acercara. Un pequeño perro negro se aproximaba al lugar y, al mismo instante, un extraño pájaro enano y oscuro pugnaba por ingresar al hoyo. La misión era que nadie y ni nada llegara hasta la caverna.

Estuardo tomó el machete y se lanzó con furia contra el atrevido perro. Un machetazo cayó sobre el pecho del animal y una mancha blanca invadió la herida. Con cada golpe que descargaba sobre el can, el lunar claro aumentaba; el animal, de todas formas, se resistía a abandonar el sitio. La lucha se volvió tenaz hasta que las fuerzas del hombre desmayaron y se dio por vencido. Los amigos de Estuardo, al mismo tiempo, libraban una batalla similar con el extraño pájaro, hasta que el ave logró introducirse en la excavación.

Luis y Ramón, quienes se encontraban al interior del hueco, sintieron que la tierra se endurecía. De repente, ninguna herramienta era apta para la excavación. La comisión de la cavada

de inmediato salió del hoyo y vio que los vigilantes estaban acostados sobre el piso. Los guardias contaron lo sucedido con el perro y el pájaro. No habían podido controlarlos. El trabajo quedó allí, porque la tierra se hizo dura como una roca, y los hombres decidieron regresar a sus hogares.

Al siguiente día, en horas de la mañana, el grupo de aventureros regresó al lugar para verificar lo acontecido y se encontró con que habían dado muerte a una penca y el pájaro era un pequeño trozo de tierra que había caído al hueco.




GANDY ENMA SIQUIGUA
nació en Alejandro Labaka, Orellana, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Vicente Mamallacta. Sus actividades favoritas son leer y danzar.

El ceibo endemoniado

Hace mucho tiempo, en una comunidad apartada del centro urbano, existía una familia conformada por Sisa y sus padres, Joaquina y Jorge. Sisa era una hermosa muchacha de ojos claros, con un largo y hermoso cabello rubio que a la luz de la luna resplandecía como la lava de un volcán.

Cierto día, al caer la noche, Sisa se encontró con un venado al cual decidió seguir, sin imaginarse que la llevaría hacia lo profundo de la selva. Desorientada, confundida y sin energía, luego de caminar toda la noche en busca del camino que la devolviera a su casa, decidió arrimarse a un grande y robusto árbol de ceibo. Tal fue el cansancio que se quedó dormida.

De pronto, entre los rayos del sol, apareció una sombra que la despertó. Desesperada, miró a todos lados: pertenecía a un blanco y hermoso joven con ojos que parecían dos lunas; además, para sorpresa de ella, el árbol que le servía de apoyo había desaparecido sin dejar rastro alguno.

El joven la tranquilizó y, con gran admiración, exclamó:

—¡Qué hermoso cabello tienes!

La muchacha, sonrojada, solo agachó la cabeza y se dejó amarrar por los brazos musculosos de aquel joven. Pero solo fue un momento de tranquilidad. De pronto empezó a sentir que el abrazo era cada vez más fuerte y que de su espalda se desprendían ramas.

Poco a poco fue oscureciendo hasta que, sin darse cuenta, estuvo dentro del árbol. Lo único que se veía era su cabello, que brillaba como la lava de un volcán, y los dos ojos del joven, que parecían lunas. Entre las tinieblas se escuchó:

—De hoy en adelante serás mi esposa y vivirás aquí. Yo seré tu dueño. —Asustada, la joven se sentó a llorar desesperadamente.

Mientras tanto, en la comunidad decidieron emprender una búsqueda. Con la ayuda de un chamán, quien dijo que la joven estaba atrapada en la oscuridad, entre lava de volcán y dos lunas, se dirigieron al espeso bosque. La luz de la luna los acompañaba.



Un grupo de diez personas con antorchas y machetes se abrió paso en el monte, y pudieron notar a lo lejos un gran ceibo que parecía una gran antorcha.

Poco a poco los comuneros se acercaron al árbol y, entre el canto de las aves y los grillos, escucharon un lamento. Su padre gritó:

—¡Sisaaaaaaa...!

—¡Auxilio, estoy aquí adentro! —se escuchó.

Tal fue la desesperación del padre, que de un machetazo hizo que el gran ceibo cayera, con un enorme estruendo. Ante cada machetazo, el árbol brillaba un poco menos. Tras varias horas de duro trabajo, ya casi al amanecer, lograron cortarlo y derribarlo. De su interior salió Sisa con lágrimas en los ojos, y abrazó muy

fuertemente a su padre. En ese momento todo fue felicidad. Donde estaba el gran árbol, nació un retoño de ceibo.

Luego de varios años, cuando una nueva generación de pobladores vivía en la comunidad, una anciana de cabello rubio contaba a los niños la historia del gran árbol. Cuando ella falleció, los pobladores decidieron incursionar en la selva. A la luz de la luna, hallaron un gran ceibo que parecía una antorcha. Se dice que, en las tardes, un venado blanco ronda la casa de los comuneros esperando encontrar a una mujer de cabello largo y rubio.




KATHERINE NICOLE FLOR
nació en Ambato, Tungurahua, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Las Américas. Su actividad favorita es dibujar.

Miedo al cerrar los ojos

Un día mi abuelito, después de ir a trabajar, se fue a jugar vóley y, cuando ya volvía a casa, sus amigos lo invitaron a tomar unas copitas. Aceptó. Estuvieron hablando un poco y luego se emborrachó.

Cuando llegó a la casa, mi abuelita le preguntó por qué había tomado y él no le respondió; más bien, se fue a dormir. Luego, mi



abuelito contaría haber visto a un duende que lo llamaba para que lo acompañara. Él no quiso ir, pero el duende le jalaba el pie y le pegó con una correa. Mi abuelito terminó por meterlo en un sombrero. No sabía qué hacer; el duende le había dicho que no debía tomar.

Horas después, mi abuelito reaccionó. No sabía dónde estaba. Cuando se ubicó, se dio cuenta de que estaba en la vía a Guaranda, desde allí tuvo que ir a pie a casa. Llegó al día siguiente, y mientras tanto mi abuelita estaba muy preocupada porque su esposo no llegaba. Luego, mi abuelito le conversó todo lo que le había pasado esa noche, pero mi abuelita no le creía, pensó que la estaba engañando.

Más tarde, en una reunión familiar, mis abuelitos tomaron un poco y luego se fueron a dormir. Cuando era casi la medianoche, mi abuelita se levantó asustada al escuchar los fuertes gritos de mi abuelito:

—¡El duende me lleva! ¡El duende me lleva!

Ella lo despertó y trató de calmarlo.

Al siguiente día, mi abuelita le dijo que eso que soñó era un escarmiento para que ya no volviera a ingerir licor, que el duende volvería si seguía tomando... Desde aquel día, mi abuelito quedó muy asustado, con mucho miedo, ese miedo que solo la gente de antes puede entender. Cada vez que hay reuniones, él ya no toma por miedo a que el duende vuelva y lo lleve.

MARGARITA CAIZA GUARACA
nació en Columbe, Chimborazo, en 1971. Actualmente es agricultora. Su hija Luiz Pamela Guaraca estudia en el Centro Educativo Estanislao Zambrano.

Shun warm ukuchawa kawsankamanta

Ashka pachakunata shuk warmi sapalla kawsashka wawakunawa chaymanta shuk ukuchawa churarishka paymi tukuyta apamushka kushkita murukunata paypak wasipi hundachikka chay warmika paypak ukuchamanka turtillata yurak rumita puñupi

sakik karka chay mishki mikunata chay muspa warmika chay mishki mikunata ukucha mikukpi wawakunatami rimarka kankunami chay mishki mikunataka mikukkichik nishpami rimarka shuk punllaka chay mishki mikunata pitak mikuk nishpa parlanakurka chashna parlanakuspaka yuyarinkakunami chapanata. Yuyarirkakuna chashna chapakukpika shuk ukuchami chayamurka maypimi chay mishki mikuna wakichishkamanmi chay ukuchaka rinka, chaypimi chay wawakunaka rimarka kaymari chay mishki mikunataka mikukkashkanki. Nirka ñukanchiktaka yakachikkashkanki rimachikkashnki nispami wañuchirka mama chayamunapakka yakuna punkupi warkushchuranka mama chayakpika nirkami mamakumamaku ñamari chay mishki mikunata mikuktak wañuchinchik kushikushpa willarka chayta



mama uyashpaka hatunta kaparishpa wakarka ay ñuka kushki apamunlla ay ñuka muru apamuklla kan hillukunamashpish paymari karakurka chaypimi ayllukuna wawakuna ukuchawa kawsashkata yachak chayarkakuna.

El ratón y la mujer viuda

Había una mujer viuda de tantos años que no había en el lugar quién la mantuviera. Un día ella se enamoró de un ratón, que la mantenía con alimentos y dinero. A cambio la mujer le dejaba su comida preferida, que era la tortilla. Una vez la mujer inconsciente acusó a sus hijos de comerse la comida que dejó para el ratón, así que ellos trataron de investigar quién se comía las tortillas que su madre dejaba en el barro. Luego de investigar durante algunos

días, los hijos atraparon al ratón, lo mataron y lo colgaron en la puerta de entrada.

—Mamá, mamá, ya cogimos a quien se comía la tortilla —dijeron.

La mujer se puso a llorar y a gritar a los hijos:

—Hambrientos, ¿ahora quién va a mantenernos? Él traía la plata, la comida y los granos.

En ese momento los hijos entendieron que la mujer estaba enamorada del ratón, y ella quedó viuda nuevamente, con sus hijos llorando.




DANIELA CRISTINA SUÁREZ
nació en La Naranja, Loja, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato del Colegio de Bachillerato Ecuador. Su actividad favorita es leer.

El brujo

En un pequeño pueblo vivía un joven a quien le gustaba aprender acerca de todo. Un buen día se fue a un poblado vecino y en el camino se encontró una librería. Desde adentro lo llamó un anciano que le preguntó si sabía leer; él le dijo que no. Para comprobar lo dicho, el anciano le mostró el número uno. La respuesta del joven fue que parecía un artefacto para coger naranjas. Luego le indicó la letra O y él le respondió que parecía el ojo de un cerdo.



El anciano se convenció. Los días que siguieron, el viejo se dedicó a enseñarle las letras y los números a partir de una gran variedad de libros, pero el que más llamó la atención del joven fue uno muy pequeño que contenía toda clase de brujerías.

Finalmente, el joven regresó a su casa. Su madre se alegró mucho al verlo, le comentó acerca de una feria que se celebraría en el pueblo y se lamentó de no poder ir porque no tenía un caballo en el cual transportarse. Su hijo le dijo que no se preocupara, pues él había aprendido un hechizo con el cual se podía convertir en caballo. Ella solo tendría que ponerse unas espuelas y montarlo. Si alguien se lo quería comprar, debía venderlo pero sin las espuelas.

Ya en la feria, toda la gente miraba al caballo con admiración, pues era muy hermoso. Muchos intentaron comprarlo pero la

señora no quería. Finalmente, se lo terminó vendiendo al dueño de la librería, que en realidad era un brujo. Sin embargo, la señora lo vendió con las espuelas, sin tomar en cuenta la recomendación que le había hecho su hijo.

El brujo montó el caballo y galopó a toda velocidad, lastimándolo con las espuelas. Ya en su casa, ordenó a un criado que llevase al caballo al río para que bebiera agua, aunque le advirtió que no le sacara el freno. El vasallo hizo lo que el amo le había ordenado, pero al ver que el animal no podía tomar agua le sacó el freno; al instante se convirtió en pez y se fue nadando río abajo. El criado, muy asustado, comunicó lo sucedido al brujo, quien, muy enojado, se convirtió en lobo y empezó a perseguir al pez por la orilla.

El pez, al darse cuenta de que el lobo lo perseguía, se convirtió en paloma y voló. El brujo, a su vez, se transformó en un halcón. La paloma, al ver que las garras del halcón se le acercaban, se convirtió en anillo y cayó en las faldas de una señorita, quien inmediatamente se lo colocó en el dedo. Entonces, el brujo recobró su forma humana y persuadió a la joven para que se lo vendiera. Al sentirse en manos del brujo, el anillo se transformó en un saco de arroz y se desparramó por el piso. El hechicero se convirtió en gallina y empezó a comérselo grano a grano; cuando faltaba el último, el joven tomó la forma de un gallo y pisó a la gallina. Entonces, finalmente, el anciano dijo:

—Me ganaste. Eres más brujo que yo.

JONATHAN ISRAEL ALCÍVAR
nació en El Carmen, Manabí, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Balneario de Súa. Su actividad favorita es el deporte.

La duenda

Se dice que en el recinto El Mono, en el cantón Atacames, provincia de Esmeraldas, se aparece cada luna menguante un espectro de baja estatura, con zapatos puntiagudos y una forma peculiar de hablar. Le atraen las niñas, las mujeres y los animales con cabellera larga y bien cuidada. Aparece por lo regular a las seis y media de la tarde, silbando para atraer a sus víctimas.

En el 2016 me sucedió una extraña experiencia. Como de costumbre, jugaba fútbol todos los días al atardecer, y mi padre siempre me decía:

—¡No andes tan tarde que te va a llevar el duende! —Pero como muchacho que era, nunca hacía caso.

Un día lluvioso me ocurrió lo siguiente: iba en mi caballo por la loma El Maní, cuando escuché un silbido que despertó mi curiosidad. Quería saber quién hacía ese sonido, pues mi caballo estaba muy inquieto, algo fuera de lo normal.

La atmósfera se sentía tensa. A esas alturas yo estaba empezando a asustarme, porque recordé que mi padre me había dicho que todas las lunas menguantes, de las seis y media en adelante, eran horas malas y se aparecía el duende.

Al alzar la mirada, vi en una roca una silueta como la de un niño que me llamaba, pero mi caballo no quería avanzar, como si presintiera algo malo. Por suerte llevaba conmigo una cuchilla, la cual me puse al cuello formando una cruz. Esto hizo que dicha silueta desapareciera, y después todo pareció normal.

Al llegar a mi casa le conté lo sucedido a mi padre, quien me advirtió que si seguía con mi cabello largo y mi caballo con la cola de igual manera, tarde o temprano el duende nos iba llevar a los dos. Mis hermanas, como siempre, no creían lo que yo les contaba, y decían que era producto de mi imaginación. Comencé a pensar como ellas y a olvidarme de tan extraordinario acontecimiento.

Los días iban y venían. Yo seguía haciendo lo de costumbre, hasta que un lunes por la tarde mi padre me mandó a hacer unas compras:

—No demores —me pidió. Yo ensillé mi caballo y me fui.

Al llegar a Jagual, en cambio, me puse a jugar billa hasta las siete y cuarto de la noche. Viendo que ya era tarde, finalmente hice mis compras y regresé a casa.

Al llegar, mi padre me dijo:



—¡¿A estas horas llegas?! Anda, suelta el caballo y ve a bañarte, carajo.

Bajé, desensillé al caballo y me disponía a soltarlo, cuando empecé a tener una extraña sensación, como si alguien me estuviese mirando. Busqué a mi alrededor, pero no veía nada por la oscuridad.

El caballo salió despavorido, pero no le di importancia, ya que había estado todo el día amarrado; me imaginé que había tenido un día agotador. Al regresar a mi casa, sin embargo, sentí que alguien me seguía. Los pies me pesaban y el camino cada vez se me hacía más y más largo. Mi padre, al ver que no regresaba, mandó a mis dos hermanas a buscarme.

Empecé a sentirme débil, lo cual hizo que me desmayara. Al recobrar el conocimiento, ya estaba en casa. ¿Cómo había llegado hasta allí? Mis hermanas me contaron que me habían encontrado botado cerca de la cabaña que está frente al río. A mi padre le empezó a preocupar que me hubiera desmayado sin saber por qué y cómo había llegado a dicho lugar.

A la mañana siguiente aumentó el desconcierto cuando encontramos a mi caballo con la cola trenzada.

—¡Santa cachucha, madre de Dios! —exclamó mi padre.

—¿Qué pasó?

—¡El duende se quiere llevar a tu caballo!

Mis hermanas se espantaron y empezaron a creer lo que yo les había contado. Entonces mi padre les dijo:

—El duende suele llevarse a las muchachas bonitas y de larga cabellera, y es probable que la duenda se quiera llevar a su hermano. —Luego me miró—: Lo mejor que puedes hacer es bañarte con hoja de nacedera y aguardiente.

Dicho esto, decidí cortarme el cabello y hacer todo lo que mi padre me decía, pero me equivoqué de trago y no funcionó. El 16 de marzo, después de terminar mi trabajo, me disponía a bañarme cuando vi a la duenda con su faldita pequeña y su carita, que, a pesar de lo tenebrosa, era linda. Me llamaba:

—Jonathan, Jonathan… —Pero solo la veía yo, nadie más.

A mis hermanas les pareció extraño que yo no hiciera ruido y fueron a buscarme: me encontraron hablando solo y delirando. Mi padre rezó cuatro Padres Nuestros y dos Ave Marías. Después de esto, nunca más me volvieron a dejar solo ni volví a andar hasta altas horas de la noche.




DESIRÉ IVANOVA SALAZAR
estudia en segundo año de Bachillerato del Colegio de Bachillerato Fiscal 12 de Octubre.

Los diamantes de la laguna de El Salto

El Albe es una comunidad de la parroquia de Viche, cantón Quinindé, provincia de Esmeraldas. Muchos de sus habitantes mantienen todavía poderosas ataduras con el pasado mediante tradiciones, mitos, costumbres y leyendas populares, en que

el folclor se presenta como un ente animado de esperanza. El recuerdo difuso de lejanos parajes y olvidadas lagunas, el espectáculo motivador de una naturaleza espléndida, la esperanza de días mejores, más su generosa y desbordante fantasía, son vertientes que en caluroso abrazo alimentan las inquietudes culturales de este maravilloso lugar.

Hace muchos años, en El Albe —donde los árboles, en su hábitat natural, todavía estremecen con su permanente vaivén todos los días y parte del atardecer—, al caer la noche era costumbre de algunos habitantes observar hermosas estrellas que provenían de un lugar muy distante del entorno. Los colonos, sorprendidos por las misteriosas luces, no lograban develar su procedencia.

Los ancianos sabían contar que las encantadoras estrellas que los alumbraban provenían de una laguna llamada El Salto. Muy pocos eran los que tenían el privilegio de contemplar este encanto divino en todo su esplendor. Los nativos sostenían que, si alguien llegara a descubrir ese lugar y osara robarse alguna de las piedras que allí existen, caería el más grande aguacero que en su existencia hubiera sufrido el sector. Tras vientos y truenos, el río subiría de su estado normal, y saldrían dragones y serpientes con diferentes cabezas para asustar a los ladrones.

Don Jacinto era un nativo al que le gustaba explorar las montañas, y en especial lugares con misterios. En cuanto escuchó la historia de la laguna de El Salto, decidió ir a buscarla.

A los pocos días se marchó y se encontró con un lugar de laderas muy estrechas, difíciles de caminar. A punto de caer, cansado de recibir arañazos y golpes en su cuerpo, llegó al sitio donde había escuchado que se encontraban aquellos diamantes.

Era una espléndida laguna de aguas cristalinas, algo que jamás se imaginó encontrar. Pero el invasor se llevó una sorpresa:



la presencia de dos ángeles guardianes enviados por Dios que vigilaban que los ambiciosos no saquearan el lugar. De pronto escuchó unas voces que le decían:

—¡Jacinto, Jacinto! —Pero este no escuchaba, pues estaba contemplando las piedras preciosas.

Después de un buen rato volvió en sí y respondió:

—¿Me están hablando a mí, señores?

—¿Quién eres y por qué agarras lo que no es tuyo?

—Yo soy Jacinto Florencio Ramírez, el hombre más valiente de esta comunidad. Ustedes no me intimidan —respondió—. Voy a cargar con todo el tesoro de este lugar.

—Inténtalo —le dijeron los guardianes, pero Jacinto no hizo caso a la advertencia y empezó a cargar el preciado botín.

De pronto, el intruso vio salir del fondo de la laguna dragones, serpientes y lagartos con cabezas muy grandes, con colmillos del porte de una cuchilla, que lo querían atrapar para darle su merecido.

El pobre hombre se asustó tanto que salió en veloz carrera y dejó botado el tesoro. Tamaño castigo recibió don Jacinto por la falta cometida, pero el lugar retornó a la normalidad para los moradores después de haberse devuelto los diamantes.

LINO JAHIR ANDY nació en Alejandro Labaka, Orellana, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Vicente Mamallacta. Sus actividades favoritas son leer y hacer deportes.

El árbol de peces

Antiguamente, había un hombre que sabía todo y no tenía miedo a nada. Cuando iba a pescar, regresaba con abundantes peces, pero no los compartía con sus hijos ni con sus nietos; cuando iban estos, en cambio, no pescaban nada. Entonces, regresaban entristecidos a casa.

Un día, los dos hijos siguieron a escondidas a su padre para averiguar cuál era su secreto. Vieron cómo el hombre se dirigía playa arriba, amarraba la canoa, cogía su red y se iba a la montaña.

¡Allí existía un gran árbol lleno de peces! Cuando soplaba su tabaco, los peces bajaban al río y allí los atrapaba en su red.

Al ver esto, los hijos decidieron apoderarse del gran árbol. Regresaron al lugar donde vivían y sembraron una chacra de plátanos; en ella pusieron a una oropéndola. Cuando obtuvieron frutos, pasaron por la casa donde vivía su padre.

—¿Dónde consiguieron esos plátanos? —les preguntó—. Regálenme un racimo.

—Si tanto los deseas, no seas perezoso. Anda a traerlos tú mismo de la chacra.

El padre caminó hacia el lugar, cogió algunos plátanos y se encontró con la hermosa oropéndola. Al intentar acariciarla, esta le arrancó los ojos. Le costó recuperarse, pero finalmente se curó.



Los dos hermanos, indignados por no saber cómo matar a su propio padre, decidieron utilizar a sus hijos. Los mandaban a preguntar a su abuelo qué animal lo asustaba, pero él siempre les respondía que no tenía miedo a nada ni a nadie.

Un día, ya cansados, enviaron a los niños donde su abuelo, a que le dijeran que una oropéndola iba a sacarle los ojos. El hombre se asustó y entonces los dos hermanos actuaron inmediatamente: tomaron un cogollo en los dedos y soplaron; hacía un ruido idéntico al del ave.

—¡Ahí viene la oropéndola a sacarte los ojos! —gritaron.

El hombre, asustado, pidió ayuda a sus nietos:

—¡No dejen que me mate!

Los nietos lo tomaron de la mano y lo llevaron a una loma muy alta.

—Te transformarás en un turu turu —le dijeron—. Cuando pase un pescador por el río, le hablarás como el trueno. —Y lo empujaron al vacío.

Luego de la muerte de su padre, los dos hijos intentaron tumbar el gran árbol de peces, pero pasaron varios meses y no podían, porque era muy grande. Mientras ellos descansaban, el árbol volvía a su estado normal, era como que no le hubieran hecho nada.

Después de un largo tiempo se dieron cuenta de que al árbol lo sostenía un bejuco que colgaba del cielo. Hicieron subir a un carpintero para que lo cortara, pero no pudo. Luego probaron con un pájaro; tampoco funcionó. Por último hicieron subir a una ardilla que, tras varias horas de morder el bejuco, logró romperlo.

Los peces comenzaron a caer al río pero los hermanos no pudieron atrapar ninguno. Solo los vieron alejarse, al igual que el agua de la playa.




ARACELY QUITIAQUEZ
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Darío Guevara.

Las maravillas de los duendes

Un día, cerca de Semana Santa, estábamos todos reunidos en casa de mi abuelita, poniéndonos de acuerdo para el festejo. Entonces, ella preguntó a mis tíos si ese año, como de costumbre, irían a pescar a la Nariz del Diablo. Uno de mis tíos contestó:

—Claro, mamá, este año será igual.



Entonces, como a mí me gusta mucho explorar la naturaleza, les dije a mis tíos que me llevaran. No querían, pero se lo pedí de favor y, por fin, el tío que más me aprecia dijo:

—Yo la llevo y me hago cargo.

Eso me puso muy feliz, y comenzamos a organizar las tiendas para dormir, el alimento, la ropa, las botas, las cañas de pescar, las linternas y muchas cosas más. Al atardecer, partimos para la Nariz del Diablo.

Una vez allí, caminamos por horas y horas hasta que por fin llegamos a donde íbamos a acampar. Era algo increíble, muy maravilloso. Mis tíos comenzaron a armar las tiendas porque ya anochecía; yo, al igual, los ayudé a prender una fogata porque

hacía mucho frío. En aquel lugar cantamos y asamos carne.

Pasó el tiempo y yo tenía mucho sueño. Cuando mencioné que ya quería dormir, dijeron:

—Apaga la fogata y todos descansemos, porque mañana tenemos que pescar.

Dos de mis tíos se quedaron aún despiertos y al llegar a una alta hora de la noche me desperté yo también, porque tenía mucho miedo y no conseguía dormir. Todo estaba tranquilo hasta que de repente escuché tambores no muy lejos. Su sonido era tenebroso. Después de ello sentí que alguien movió la tienda de manera brusca.

Del temor que sentía, desperté a uno de mis tíos y le comenté lo que sucedía. Él me dijo que no me asustara, que podía haber sido algún animal, pero luego le comenté lo de los tambores y él, de la curiosidad, despertó a mis otros tíos para ir a ver. Llevamos las linternas y nos íbamos guiando por el sonido del tambor hasta que llegamos a una planicie detrás de unos arbustos.

No tan lejos observamos una fogata encendida, muchos hombrecillos muy pequeños tocando tambores y otros haciendo cascaritas con bolas de fuego. Mis tíos, muy impresionados, me abrazaron fuertemente. También vimos a unas duendes con unas trenzas largas y sombreros gigantes. Tal y como los representan, tenían unas orejas puntiagudas y les gustaba mucho bailar.

Corrimos muy rápidamente al lugar en el que habíamos acampado. Del miedo levantamos todo y emprendimos el regreso a casa de mi abuelita. Mi tío me arropó muy bien y llegamos al amanecer, todos asustados. Le contamos a mi abuelita lo ocurrido y ella nos dijo que era verdad, porque a mi abuelito, cuando había sido joven, le había pasado algo similar. Sin embargo, al abuelito un duende se le había acercado más y le había lustrado los zapatos,

pero estaba protegido porque creía mucho en Dios, así que llevaba su crucifijo. Este duende había sido trabajador, porque consigo traía una pala y un costal, según cuenta mi abuelita.

A todos nos quedó la experiencia y, más que nada, un poco de intriga por lo sucedido, pero hicimos la fanesca —con pescados comprados, por supuesto, pues ante lo acontecido no pudimos pescar nada para llevar a casa—. Mis tíos y yo prometimos no regresar por allí, y hemos cumplido hasta el día de hoy.

LAURA ZHENY MOREJÓN
nació en Las Lagunas, Cañar, en 1978. Trabaja en la Unidad Educativa Pedro Vicente Maldonado. Su actividad favorita es formar líderes y lideresas que siembren esperanza para lograr una sociedad más justa y equitativa, mediante el arma más poderosa que tiene el ser humano: el conocimiento.

La protectora de la ciudad oculta

Hace muchos, muchos años, existía una hermosa ciudad, situada en Culebrillas, en la que habitaban los valerosos cañari. En esta colorida ciudad vivía Intikilla, una niña muy buena y cariñosa que todos los días salía de su casa a jugar con los bellos venados que llegaban a la ciudad.

Cierto día, Intikilla escuchó que su mamá conversaba con su papá y, llenos de angustia, manifestaban que unos hombres muy malos llegarían a la ciudad a adueñarse de ella.

Al siguiente día, todos los habitantes corrieron despavoridos hacia el río Culebrillas. Pretendían desviar el caudal del río para tapar la ciudad y que de esta manera aquellos hombres llenos de crueldad no pudieran invadir lo que tanto sacrificio les había costado construir.

Intikilla lloraba desesperada, porque no encontraba a sus padres. En tal desesperación, sorpresivamente apareció el hada madrina que custodiaba a la nacionalidad cañari. Ella decidió salvar a Intikilla y la convirtió en una serpiente con rostro de mujer, a la que encomendó ser la protectora de la ciudad oculta debajo de la laguna de Culebrillas.

Es así que Intikilla sale todas las noches de la ciudad a jugar con sus amigos, los venados, en los alrededores de la laguna. Intikilla ha protegido muy bien la ciudad y vive feliz con la protección de los cañari, que le rinden culto arrojando a la laguna objetos de oro y plata. Ella siempre les agradece con la presencia de un bello arcoíris que sale de la ciudad oculta.






VÍCTOR HUGO ORDÓÑEZ
vive en Atacames, Esmeraldas. Está vinculado con el Colegio de Bachillerato Fiscal 12 de Octubre.

La mula del recinto Playa del Muerto

Hace muchos años, en el recinto Playa del Muerto, existía un ambiente de tranquilidad campesina. Don Santo Wila desbordaba de alegría en espera de que Ersinda, su mujer, le diera su segundo hijo, el anhelado varón que lo ayudaría en los trabajos de la finca. Era época de invierno y el camino al campo se convertía en estrechos senderos, intransitables fangales y accesos dificultosos.

En medio de una noche de lluvia, a la esposa de don Santo le empezaron los dolores en todo el cuerpo, lo que anunciaba el esperado nacimiento. La señora Plácida Salazar, una mujer de color nacida en Barbacoa, Colombia, se encargaría de atender a la futura mamá, pero vivía lejos de la comunidad.

Los dolores eran más fuertes a cada momento, así que su esposo decidió, en medio de la noche y el torrencial aguacero, tomar su caballo y salir en busca de la comadrona, pese a las súplicas de su mujer. Esta le decía que no fuera debido a la peligrosidad del camino: las culebras vigilaban y acechaban a sus víctimas, y los árboles se caían por la fuerza de los vientos.

Cuando se encontraba en su recorrido, Santo vio un animal con forma de caballo echando patadas y relinchando fuertemente. La fiereza de la extraña bestia y la inclemencia de la naturaleza daban lugar a la desesperación. El solitario viajero pensó que en cualquier momento su caballo moriría de los nervios.

Pero Santo, hombre muy rudo, no renunció. Necesitaba llegar hasta el lugar donde vivía la partera, pues sabía que era la única forma de salvar a su mujer y a su futuro hijo. Sin embargo, en ese instante de reflexión y supervivencia, se dio cuenta de que no estaba enfrente de cualquier animal ni ser terrenal, sino de la visión que, por sus características, es conocida popularmente como “la mula”.

Cuando trató de pasar al costado del animal, este intentó atacarlo, pero Santo lo golpeó con su garrote. Sorpresivamente, la mula le rogó que le diera otro golpe en su cola, así que inmediatamente le asestó dos garrotazos más. El animal se retorcía de dolor. Tratando de sorprenderlo con su berrinche, le pidió que le diera otro, pero el infortunado hombre no accedió; sabía que si lo hacía, la mula tomaría fuerza y lo atacaría nuevamente hasta

matarlo. Al verse derrotada, la visión abandonó el lugar y le gritó a su oponente que se alejara lo más rápido posible.

Sin estar convencido de la palabra de la mula, don Santo continuó su camino. Rezaba cada momento a nuestro señor Jesucristo y el credo a la Virgen María, mientras que a lo lejos se escuchaba todavía a la visión.

Ya en compañía de doña Plácida oyeron el relinchar melancólico de un caballo, pero, de pronto, la bestia sorprendió a los caminantes perdiéndose con un inusitado galope en la espesa montaña, para no volver jamás.

Con el temporal ya calmado y en casa, con la ayuda y bendición de Dios, la esposa de Santo le dio la satisfacción de tener su ansiado hijo varón.



CRISTOPHER JOEL SUÁREZ
nació en Quinindé, Esmeraldas, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Juan XXIII. Su actividad favorita es el fútbol.

La sensación de miedo

Joel era un niño de diez años de edad. Le gustaban los animales, sobre todo los perros. Un día, su madre le compró dos cachorros con la condición de que los cuidara mucho y los tuviera aseados; el problema era que no había un patio en donde dejarlos por la noche.

De un momento a otro, a Joel se le ocurrió una gran idea:

—Madre, ¿será que puedo dejar a los cachorros en la terraza?

—¡Sí, hijo! —respondió. Joel mostró una gran sonrisa y pasó toda la tarde jugando con sus mascotas.

Por la noche, su madre envió a su hermano Bryan a ver unas colchas a la terraza. Este fue a hacerlo sin pensarlo dos veces, pero, al subir, le pareció ver la sombra de una persona muy pequeña, de más o menos un metro. Asustado, Bryan salió corriendo a hablar con sus padres. Como había oído muchos mitos e historias, les dijo:

—¡Me parece que era un duende!

—¡No digas cosas tan absurdas, hijo! —le contestaron.

Joel escuchó la historia de su hermano. Ya casi oscurecía y tenía mucho miedo de ir a dejar a sus cachorros a la terraza, pero por obligación debía hacerlo. Pensó en dejarlos atados y bajar de prisa. Una vez allí, los ató y caminó rápidamente hacia las gradas, pero antes de bajar vio esa sombra, la misma que había descrito su hermano. De tanto miedo, el niño se quedó paralizado, y escuchó una risa.

Joel bajó corriendo y gritando:

—¡¡Mamá, papá!!

Unos cinco escalones antes de llegar, dio un gran salto y cayó acostado. Sus padres se asustaron:

—¿Por qué te caíste? ¡Tranquilo, hijo, no llores! —le decían. Pensaban que lloraba por la caída, pero no era así.

De lo asustado que estaba, ni siquiera podía hablar, no les podía contar lo que había pasado. Minutos después se calmó:

—¡Papá, vi al duende, se me estaba riendo!

Su padre subió enseguida a la terraza y al cabo de un rato volvió:

—A lo mejor fue un roedor o algún ave… —Pero Joel estaba seguro de lo que había visto.

Desde ahí el niño tuvo problemas. Le daba miedo subir a su terraza, y para ir a dejar a sus cachorros tenían que acompañarlo sus padres. Después de dos años logró subir solo, pero apenas veía que algo se movía ya le daba miedo; pensaba que volvería a aparecérsele el duende. No ocurrió nunca más, pero el miedo es la debilidad más grande de un ser humano, y mucho más para un adolescente como Joel.






NELLY REBECA LARA
vive en Colta, Chimborazo. Está vinculada con la Unidad Educativa Luis Napoleón Dillon.

El conejo astuto

Había una vez un hacendado que sembraba hortalizas de toda clase, y puso a un mayordomo para que cuidara el huerto. El mayordomo lo regaba todos los días, pero el huerto cada mañana amanecía con daños.

—¿Qué mismo? —le decía el dueño al mayordomo—. ¿Por qué no cuidas mi huerto? Eres un vago y un irresponsable.

Lo que no sabían era que un conejo iba a comer las hortalizas de noche, hasta que el mayordomo lo descubrió. Ese rato dejó una trampa para el conejo, que esa misma noche cayó.



—¡Suéltame! ¿Quién eres? —gritaba el conejo—. No me tengas, verás que te estoy avisando. Mi puñete te va a mandar al río. Bueno, ¿no me quieres soltar? ¡Ya verás! —amenazaba a la oscuridad.

Al siguiente día, el mayordomo fue a ver el huerto y encontró al conejo en la trampa. Se lo enseñó al dueño, quien le dijo:

—Ponlo en una jaula para comerlo.

De pronto asomó un lobo que pasaba por ahí y le dijo al conejo:

—Hola, sobrino, ¿qué haces aquí en la jaula?

—Ay, tío, ay, bonito —contestó el conejo—. Estoy aquí porque me dijeron que me case con una chica muy bonita y este rato están preparando un tremendo banquete en mi honor. Pero ay, tío, ay,

bonito, ¡yo no puedo comer carne! Tú sabes comer carne, tío, tú quédate en vez de mí.

El lobo aceptó quedarse ahí para casarse con esa chica, y el conejo se fue de largo.

Cuando el mayordomo hizo hervir el agua para pelar al conejo, vio que ya no estaba en la jaula, sino que en su lugar había un lobo. Ese rato avisó al dueño, quien le ordenó que tomara un fierro grande y grueso para matar al lobo. Y así lo hizo: lo atravesó del hocico al trasero y el pobre lobo murió por culpa del conejo, que se fue riendo porque se escapó de morir.




ANA CRISTINA VILLAGÓMEZ
nació en El Dorado de Cascales, Sucumbíos, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cascales. Su actividad favorita es practicar diversos deportes.

La escalofriante historia del Sacha Runa

Hace cuarenta años, en las profundidades de la selva de la provincia de Napo, cuenta mi padre que un nativo del páramo Cumbijín contaba con lágrimas en los ojos su historia con el Sacha Runa. Mi padre era un niño de tan solo trece años y sus hermanos,

mayores de edad. No creían lo que aquel nativo decía hasta que un día decidieron ir de pesca al río Caoni, para lo que debían caminar doce horas río abajo y meterse a la profunda selva.

Durante todo el trayecto disfrutaron de abundante pesca y caza. Al llegar la tarde, a orillas del río encontraron un refugio construido con palos, ramas, hojas y paja. Viéndolo deshabitado, decidieron acampar allí, restaurarlo un poco y convertirlo en su campamento, en el cual recuperaron fuerzas y secaron las truchas al calor de la fogata.

Continuaron por la mañana: había peces de cualquier variedad, tamaño y color. Sin embargo, luego de unos días en el campamento comenzaron a notar que desaparecía parte de la pesca. No le dieron mucha importancia al inicio, pero se fue poniendo cada vez peor.

La última noche, antes de emprender el regreso a casa, todos dormían, hasta que los despertaron los ladridos de Pinina, una gran perra de color blanco y marrón. Salieron desesperadamente a ver qué ocurría y se llevaron un tremendo susto. Sus cuerpos se tornaron fríos, y sintieron que sus cabellos se paraban de punta.

Vieron a un ser espantoso, con forma de hombre, de dos metros, con una cabellera que cubría la mitad de su cuerpo y barbado como un león. Pinina, alentada por sus dueños, atacó bruscamente, pero la bestia reaccionó lanzando un tronco con espinas. Mi padre tomó la escopeta de su hermano y disparó al aire. Esto ahuyentó al salvaje, y a la luz de la gran fogata vieron que tenía doble rostro. En ese momento recordaron las palabras del nativo. Él les había contado que su esposa había sido asesinada y comida por el Sacha Runa de una manera escalofriante; él había visto cómo la cabeza de su mujer era lanzada hacia arriba una y otra vez. Todo esto dio paso a que mi padre y sus hermanos tuvieran más miedo y ya no pudieran dormir.



Al llegar la mañana, observaron en la arena las huellas del Sacha Runa, grandes, sin dedos y con doble talón, tal y como había dicho el nativo. Aterrorizados, salieron apresuradamente de la selva sin llevar nada consigo; tan solo querían regresar a casa y nunca más volver a aquel lugar.




ALEXANDRA JACQUELINE CHANGO
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Julio Enrique Fernández.

El duende del bosque

En la noche se dice que hay que tener mucho cuidado, pues al vivir en un lugar donde hay pocas casas, alejadas unas de otras, la oscuridad de la noche cubre todo y lo único que ilumina es la luz de la luna y unas pocas lumbreras.

Un día, al volver a casa de noche, mientras caminaba rápidamente algo se cruzó delante de mí. Yo tenía algo de miedo

pero… ¿qué podría ser? Tal vez un perro o algún otro animal deambulaba por el camino, pensé. En ese punto, volvió a cruzar: era pequeño, un ser diminuto, de apariencia muy rara y extraña. El miedo se apodero de mí, pues era un ser de no creer.

Entonces comencé a correr, no quería quedarme en ese lugar. Sentía que se me acercaba. Me asusté, pero ¿qué podía hacer? La única opción era llegar a mi casa… o a la de un amigo que vivía cerca. Toqué la puerta fuertemente; sin embargo, nadie respondía. ¡Aquel ser se acercaba! Mientras yo seguía tocando lo más fuerte que podía, aquella puerta era mi única esperanza.

Entonces escuché una voz algo gruesa y rasposa que decía:

—¿Intentas escapar? ¿Por qué? ¿Qué quieres lograr con eso? Nadie te podrá salvar. ¿Sabes? Mejor no te preocupes, no te voy



hacer nada. ¿Qué podría hacerle a un miserable ser como tú que simplemente escapa y corre del miedo? No te preocupes, mi tiempo se acaba.

En ese momento, mis piernas temblaban y mi boca quería decir algo pero no podía. Justo a tiempo escuché unos pasos adentro de la casa, y la puerta se abrió. Sentí que esos pasos eran mi salvación. De pronto e inexplicablemente, aquel ser desapareció y se dirigió velozmente al bosque.

Mi amigo, confundido, intentó ayudarme. Al contarle lo que me había sucedido, me miró con algo de desconfianza, pero me dejó quedarme allí hasta la mañana siguiente. Muy temprano, me desperté, desayunamos juntos, le agradecí y regresé a mi casa.

No sé la razón por la cual apareció o por qué no he vuelto a ver a tal aterrador ser. He escuchado muchas historias en las cuales se cuenta lo mismo: que acecha a las personas que pasan en la noche —e incluso en el día— por su camino. Se dice que esa criatura protege el bosque; lo único que quiere es que nadie lo destruya, pero aquellos que hacen caso omiso a sus advertencias sufren las consecuencias de sus actos tontos y necios.

PUMA QERO POMAQUERO
nació en Lan Lan, Chimborazo, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Abya Yala. Su actividad favorita es leer.

La laguna de Usugoche

Transcurría el año 2006. Yo prestaba mis servicios profesionales en la Unidad Educativa Corazón de la Patria, de la ciudad de Riobamba, cuando nos visitó una delegación extranjera europea. Eran jóvenes profesionales de la pedagogía y personas mayores que venían para conocer el quehacer en educación intercultural bilingüe.

Parte de esta visita era conocer un lugar importante y, si era posible, sagrado, así que nos propusimos ir a la laguna de Usugoche. Llegamos a eso de la una de la tarde y cuando nos bajamos del autobús nos recibió una lluvia torrencial que nos mojaba hasta los huesos. De todas formas, seguimos con el equipo, pues teníamos pensado realizar un acto ritual por el solsticio. La lluvia no paraba.

Una vez en la laguna nos preparamos, aun con el aguacero, mas cuando iniciamos pudimos ver, atónitos, que en el lugar exacto en que realizaríamos nuestro rito no llovía. Más aún, comenzó a alumbrarnos una luz amarilla. De aquel lugar salía mucho vapor caliente, creo que por efecto del sol. La lluvia caía como nunca, pero únicamente fuera de ese espacio.



KLEVER PATRICIO CHARCO
nació en Pull San José, Chimborazo, en 2001. Actualmente es estudiante-mecánico. Su hermano Patricio Charco Pilataxi estudia en el Centro Educativo Comunitario Intercultural Bilingüe 16 de Marzo.

Shuk cuntur ashtawanka shuk kuitsa

Ñawpa pachaka shuk kuytsami urkupi wiwakunata michishpa purishka nin paypak ishkay allkuwan chaymantami chay musuka puka punchu yurak kunka pilluri nawanmi rikurishka nin ashtawanka wiwakunaka karutami rishka nin,



chaymantaka chay musuka, nishka kuytsa ama ñawita paskanka alli uksharinki ñukata ratumi chayashun nikpika chay kuitsami ari ari nishka chay mantaka rikurishka wiwakakunapash washapi chaymantaka chashna purikushpami shuk punchaka chay cunturka paypak ukuman apashka nin chaymantami chantasu-yiwa aychatami karashka nin chay kuytsamanka shuk punchami urkuman rikkunata kaparishka nin chay ayllukunaka uyashka nin chaymantami mamaman willashka nin chaymantami waska ankukunawan mirachishpa llukchishka nin chay mantami ankakunaka katishka nin chay kuytsata kichunkapak chaymantami chay ayllukunaka mana sakishka chaymantami misata uyachishpa chay alaskunata kutushka nin.

Chay ishkay kuytsakunami shuk chuklla wasipimi puñushka kashkanin chaymantaka mikunatami kararka kashka nin musumi

yuyashpa chay utka mikushka nin kashkanin ashtawanka washalatami riturkashka nin chay mikunaka chaymantami tukuy tuta purikurka kashka nin chaymantami ñuka shutimikan Charco Pilataxi Nelly Jhanneth ashtawan ñuka yaya mama rikuchini paykunapash shutimikan Charco Bravo Víctor Alejandro chaymantaka ñuka mamayak shutimikan Pilataxi Lema María Carmen, ashtawanka ishkay churitami charini paykunapak shutimikan Charco Pilataxi Pedro Manuel, Charco Pilataxi Klever Patricio chaymantami tucuykunata yupaychani.

El cóndor y la señorita pastorcita

Antiguamente había una señorita que siempre pastoreaba animales, como ovejas y llamas, cerca de un cerro. Así hacía todos los días de su vida, junto con sus dos perros, que le acompañaban. Iban delante del rebaño atajando a los animales, impidiendo que se desviaran; así ayudaban a la pastora.

Al ver que ella pasaba sola, un día se apareció un joven cóndor gigantesco, bien guapo, vestido de poncho rojo y con una bufanda

blanca envuelta en el cuello. Ese momento los borregos se alejaron y se perdieron de la señorita. El joven lo aprovechó y le dijo a ella:

—Vamos conmigo, a vivir lejos. Cierra los ojos, abrázame duro y no los abras hasta llegar al lugar que yo ya tengo preparado.

Una vez que hubo llevado a la señorita a una cueva, el cóndor le daba de comer todos los días; la alimentaba con carne de todo tipo de animales. Así pasó la señorita algunos días en la casa del cóndor, hasta que un día, desesperada, vio a unos señores que estaban pasando por la quebrada, así que aprovechó el momento y gritó. Las personas, escuchando esto, fueron a avisar a la mamá de la señorita. Desde entonces, la familia de la joven iba reiteradamente al lugar desde donde ella gritaba, a tratar de rescatarla. Para esto llevaban sogas y vetas, pero la última de aquellas ocasiones vieron que ella ya tenía alas y estaba a punto de convertirse en cóndor. Con lágrimas en los ojos, los familiares retornaron dejando a su hija para siempre, para que se hiciera esposa del ave.

Por último, los familiares cortaron las alas del cóndor e hicieron una misa, con la única esperanza de algún día recuperar a su hija. En vista de no tener posibilidad de rescatarla, dos señoritas que viven en una choza siempre acuden a dar de comer a la chica, pensando que sigue siendo un ser humano.




YESSENIA FERNANDA OBANDO
nació en San Gabriel, Carchi, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra. Su actividad favorita es escuchar música.

El duende enamorado

Mi abuela me contaba que, antiguamente, las mujeres que habitaban en los alrededores de la ciudad de San Gabriel lavaban la ropa en ríos y quebradas que estaban muy lejos de sus hogares. Un día, unas mujeres no se percataron de la hora y, al ver que la tarde ya estaba cayendo y que la noche tendía su manto, trataron de salir apresuradamente: esa era la hora en la que aparecían los duendecillos.

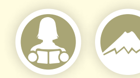


De no sé dónde salía un montón de hombrecitos de diminuto tamaño. El más pequeño de todos tocaba un tambor que producía un ruido muy fuerte, y los demás lanzaban piedrecitas y danzaban con movimientos raros y pasos extraños, mientras consumían un licor contenido en unas botellas más grandes que sus propios cuerpos. Tenían cabello dorado y vestían generalmente colores vivos y muy grandes sombreros.

Las mujeres salieron del lugar sin darse cuenta de que una de las hijas había quedado rezagada del grupo. Ahí fue cuando un duendecillo se enamoró de ella. La madre de la chica, al darse cuenta de que no regresaba, la buscó y volvieron a casa, pero el duende enamorado las siguió.

Al siguiente día, fue en busca de la chica y le llevó comida: un delicioso dulce de leche. Este sabio y enamorado duendecito la convencía día a día para que solo se alimentara de lo que él le llevase. La madre, desconcertada al ver que la chica no comía los alimentos que ella preparaba, decidió ir en busca de un curandero. Este la revisó y supo que el duende había enamorado a la chica.

Desesperada, la madre llevó a su hija donde el cura del lugar, quien la bañó con agua bendita y le colgó un crucifijo en el cuello; así quedó libre del hechizo. El pobre duendecillo, con el corazón roto, se retiró a una cueva de El Charco, donde vivía.




JAVIER EDWIN PUCHA
estudia en segundo
año de Bachillerato de
la Unidad Educativa
Guapara.

La piedra de la cruz

Unas personas visitaron la piedra del recinto Nueva Santa Rosa y vieron las extraordinarias figuras que tenía. Se preguntaban cómo nuestros antepasados habían podido escribir sobre aquella roca misteriosa.

De pronto asomó un señor, ya mayor de edad. Él decía que sabía cuál era la razón de la escritura. Le gustaba cazar y solía hacerlo cerca de la dichosa piedra. Un día, tenía listo el gatillo cuando escuchó ruidos como si alguien estuviera orando.

Tembloroso, vio a unos indígenas alrededor de la roca. Se dio la vuelta por unos segundos y cerró los ojos, pero cuando volteó a ver no había nada. Corrió asustado a su casa y contó lo sucedido a sus familiares.

Desde ese entonces, la llamaron "la piedra de la cruz", y decían que a las doce del mediodía era visitada por espíritus. En la actualidad, la piedra se ha vuelto un lugar turístico para observar lo que hay escrito en ella, pero nadie sabe qué significan los extraordinarios dibujos y letras que tiene.





ERWIN BRAULIO MENDOZA
vive en El Corazón, Cotopaxi. Está vinculado con la Unidad Educativa Guapara.

Un día inesperado

Era un día muy tranquilo, hermoso, un miércoles de Semana Santa. En un hogar humilde vivían una madre, un padre y unos hijos maravillosos.

La mamá, que se llamaba Petita, quería realizar una deliciosa ensalada de verduras, para lo cual mandó a sus hijos, Raúl y Erwin, de siete y cinco años de edad, a buscarlas al huerto. Los niños, muy alegres, fueron y, al llegar, se pusieron a jugar bolichas con unas pepitas de naranjas. Jugaron y jugaron hasta que, cuando se dieron cuenta, era demasiado tarde.



Raúl, como era el mayor, fue a recoger las verduras. Su hermano Erwin se quedó solo. De repente, el hermano mayor miró hacia atrás y vio a su hermanito jugando bolichas con un niño muy pequeño, con sombrero, zapatos muy grandes y puntiagudos, y bigotes. Raúl se acercó y preguntó a su hermano:

—¿Quién es este niño que juega contigo?

Ambos, sorprendidos, lo miraron detenidamente: ¡era un duende! En ese preciso instante, los hermanos salieron corriendo hacia su casa.

El niño menor, Erwin, cayó muy enfermo; con un malestar pesado veía al duende rondando la casa. Su mamá, preocupada, les preguntó:

—¿Qué sucedió?

Y Raúl le contestó:

—Mi hermano estaba jugando bolichas con un niño.

Su mamá sospechó que era algo malo y, enseguida, avisó a su esposo. Este llevó a Erwin en un burrito hasta la casa de la señora Agustina, que era curandera. La señora lo observó y empezó a curar, lo sanó de aquel mal aire. El niño se recuperó; un milagro, porque el duende se lo quería llevar.

Ya en la casa, descansaron todos hasta un nuevo día, sin preocupación ni miedo.




HENRY ZUMBA
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa General de Policía Jorge Poveda.

Los árboles de Chasqui

En el pueblo de Chasqui, hace cien años existían un árbol blanco y uno negro. Decían que el blanco era el árbol del bien y el negro, el del mal. Se los llamaba “los dioses de la naturaleza”.

Un día, llegaron al pequeño poblado unos excursionistas, y en su recorrido descubrieron los árboles. Uno de los viajeros, llamado Javier, era incrédulo de los poderes de los dioses de la naturaleza,

y empezó a hablar mal del árbol negro. Después de un tiempo, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, Javier amaneció en una cueva. Al ver que no aparecía, sus compañeros iniciaron inmediatamente la búsqueda, no sin antes abastecerse de comida y herramientas para sobrevivir. Pasados tres días, lo encontraron al borde de un precipicio, a punto de caer. Javier despertó y desde ese momento no durmió, del miedo que tenía. Entonces, los pobladores se dieron cuenta de que el árbol negro no era malo, solo no le gustaba que hablaran mal de él.






NARCISA CLEOFE ATIENCIA
nació en Alluriquín, Santo Domingo de los Tsáchilas, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Cascales. Sus actividades favoritas son escribir historias reales y leer.

Perdidos

Hace cuarenta y tres años, yo, una niña de tez morena, delgada y alta, con la sonrisa siempre a flor de labios, me disponía a jugar con mi sobrino, Édison, dos años menor. Mi padre, un señor de edad pero muy risueño y alegre, antes de irse a trabajar, nos dijo:

—¡Guambras, irán a poner el bozal a los terneros!

—Sí, papi —le respondimos, y se fue a la finca a cosechar el café.

Ese era uno de los sustentos de la familia Atiencia Murillo, que estaba radicada en la parroquia Sevilla, perteneciente al cantón Cascales, provincia de Sucumbíos. A las cinco de la tarde regresó y nosotros seguíamos jugando. Cuando nos vio dijo:

—¿No se han ido todavía a poner el bozal a los terneros? Hoy les doy con la correa. —Y se fue a buscarla dentro de la casa.

—¡En este momento nos vamos, papito! —grité, y salimos corriendo, llevando un machete pequeño y oxidado, con dirección al final de la finca, donde teníamos los potreros y estaba el ganado.

Corrimos apresurados por el camino, que hoy es la vía asfaltada a San Carlos. Llegamos al sitio donde estaban las vacas y sus terneros, les pusimos los bozales y salimos a lavarnos las manos en el estero. Al terminar, alzamos la mirada: en la loma por la que debíamos volver había una culebra gruesa y de color tomate con negro. Nos pusimos a temblar, y le dije a Édison:

—Pásate corriendo, y si no te hace nada la culebra, yo también paso.

—¡No! Me puede picar y después me muero. No, yo no me paso.

—Entonces yo paso corriendo y tú vienes atrás.

—¡No! ¿Después yo qué hago solito? —contestó, y se puso a llorar.

Ya estaba oscureciendo, así que le dije:

—Tengo una idea: nos damos la vuelta por la montaña, evitamos a la culebra, salimos nuevamente al camino y regresamos a la casa.

Nada de lo que pensamos resultó, porque caminamos por un sendero cubierto de hojas secas y nos acompañaron una pava silvestre y el ruido de los sapos y los grillos cerca del estero; esto nos tenía aún más nerviosos. Luego de caminar mucho rato, no encontrábamos el camino por el que ingresamos, así que dije:

—Sigamos caminando. Cuando lleguemos a una casa, diremos que nos ayuden a salir.

Llegamos ya con la noche a un potrero de hierba alta donde había muchas vacas, terneros y toros. Entonces dije:

—Édison, hagamos una casita para dormir aquí, porque nos hemos perdido.

Me dispuse a traer hojas de platanillo que había en la orilla de un riachuelo al final del potrero. Empezamos a hacer la casita con palos delgados y pusimos las hojas de techo. Milagrosamente, esa noche no llovió y las vacas nos rodearon sin hacernos daño; solo había una que se acercaba a olernos, pero yo le decía: "¡Vaca, vaca!" y ella se alejaba. Yo pensaba que era Dios quien nos las había mandado para que nos protegieran, por ello pasamos la noche sin miedo y rezando para volver a casa.



A las dos de la mañana escuché unos gritos lejanos. Mi padre solía contarme de la existencia de un duende misterioso, así que para que no me llevara no contesté. Traté de conciliar el sueño, pero no pude.

Con el sol radiante y espectacular del amanecer, las vacas se alejaron y nosotros empezamos a buscar el camino de regreso a casa, pero caminábamos en círculos. Luego de dar tantas vueltas, mi sobrino me dijo:

—Tía, usted me quiere hacer perder. Yo me voy por otro lado.

—No —le contesté—. Si nos perdemos, nos perdemos los dos.

Lo tomé de la mano y a la fuerza lo traje conmigo, nos dirigimos al riachuelo y encontramos el camino de regreso. Cerca había un estero y nos acercamos a tomar agua, porque Édison se me desmayaba del hambre y se quedaba dormido sobre los palos secos. Yo lo despertaba y lo traía de la mano.

Luego de tomar el agua, vimos que en la loma había matas de plátano, así que fuimos a ver si había alguno maduro para desayunar. Al llegar, sin embargo, un animal salió corriendo y nos hizo asustar. Entonces yo me quedé pelando una naranjilla silvestre y él se fue a ver los plátanos. Me senté en un palo y volví a escuchar, esta vez más cerca, los gritos del duende. Inmediatamente llamé a mi sobrino en voz baja y le dije que regresara. Planeábamos decirle que no nos llevara, porque estamos perdidos.

Al acercarse los gritos, vimos a mi hermano Virginio y al señor Máximo Ríos, quienes nos buscaban desde la noche anterior.

—¿Por qué se perdieron? —nos preguntaron. Les dijimos que por una culebra—. ¿Dónde estaba?

—En la loma del camino, cerca del potrero.

—Indíquennos —dijeron, y salimos.

Cuando llegamos al sitio, la culebra seguía ahí. Mi hermano se acercó a ver y había sido un palo pintado de negro y tomate.

—¿Por ese palo se perdieron? —nos dijo—. ¡No saben el sufrimiento de mis padres, hermanas y de los moradores de Sevilla, que nos ayudaron a buscar durante toda la noche con lámparas y linternas!

No supimos qué decirle, pero estábamos felices de que nos hubieran encontrado. Llegamos a la casa de mis padres y todos lloraban de emoción. Mi madre sollozaba; llegó en un carro de los militares que el coronel mandaba para buscarnos. Había dicho a los oficiales:

—Si no traen por lo menos los huesos de los niños, no regresen.

Luego de abrazarnos y hacernos bañar con sanjuanillo, una planta silvestre para quitar el susto, todos nos preguntaban por qué nos habíamos perdido. Nosotros les contamos esta historia, que nos permitió reconocer que no existe ningún duende misterioso, que solo son miedos que los padres nos inculcan para ser obedientes, y que antes de tomar una decisión debemos ver bien si es lo que pensamos.




JENNIFER NICOL CUÑAS NAULA
nació en Riobamba, Chimborazo, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Once de Noviembre. Su actividad favorita es cocinar.

Martha y el Chimborazo

Cuentan que hace muchos años, en las afueras del pueblo de San Vicente de Tzalarón, vivía una familia de clase noble conformada por una madre y sus cinco hijas, que no se llevaban con nadie. Fue pasando el tiempo y las niñas se convirtieron en las muchachas más hermosas del pueblo. Salían todas las mañanas por las quebradas de las faldas del Chimborazo. Cada una debía llegar a casa con su carga de leña y su ovillo de lana hilado.



Un día, Martha, una de las hermanas, se dio cuenta de que les faltaba una oveja. Ya había oscurecido y no la encontraban, así que decidieron separarse para buscarla. Martha escuchó a la oveja perdida y empezó a correr para ubicarla. Allí se encontró con un hombre de mediana edad, con un traje blanco resplandeciente, montado en un caballo blanco; en la pata del caballo traía a la oveja.

Contenta de haber encontrado a su animal, ella le agradeció. Él le preguntó cómo se llamaba.

—Martha —contestó, desconfiada—. ¿Usted cómo se llama? ¿De dónde viene?

—Mi nombre es muy conocido por todos —respondió—, y de donde vengo es adonde voy.

El señor se había enamorado de ella, ya que era muy bonita y tenía un corazón muy sencillo. La siguió mientras caminaba y le pidió que se quedara un ratito con él en agradecimiento por haber encontrado a su oveja. En eso, él se bajó del caballo, le dio un fuerte abrazo y se despidió.

Al llegar a la casa, su mamá les preguntó por qué se habían hecho tan tarde y por qué no traían leña. Las chicas le contaron que se les había perdido una oveja, y Martha narró su encuentro. La madre se quedó preocupada.

Después de algún tiempo, Martha se encontraba embarazada pero no sabía explicar por qué. Su madre le dijo que ese hombre era el Chimborazo, que baja todas las noches de luna llena buscando a las mujeres más lindas y buenas de la zona para encargarles el cuidado de sus hijos.




MÓNICA PAULINA CEPEDA
nació en Quimiag-Guzo, Chimborazo, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Puruhá. Su actividad favorita es escuchar música.

El duende del páramo

En un barrio llamado Llulluchi vivía con su madre un hombre llamado Ángel, quien con su esfuerzo y trabajo durante ocho años había cuidado en una hacienda el ganado de su patrón.

Ángel tenía un amigo llamado Bolívar que tenía ganado bravo en el páramo y siempre pasaba por el camino cercano a la hacienda para ir a rodearlo. Entonces, invitaba a Ángel para que

fuese con él; este sin dudar le decía que sí, porque le gustaba el ganado bravo.

Un día, Bolívar, por problemas económicos, decidió vender su terreno en el páramo, junto con su ganado bravo. El primero que se enteró, y quien decidió comprar todo, fue Ángel.

El tercer día después de realizar los papeles de compra, Ángel tomó su caballo y se fue a rodear su ganado. Luego, tranquilo y alegre, montado en su caballo, regresó a la hacienda, donde lo esperaba su madre con la merienda. Mientras comían, su madre le preguntó cómo le había ido y él, con una sonrisa, le respondió que muy bien. Entonces, ella, tranquila, luego de lavar los platos, pasó a descansar junto con su hijo.

Una vez dormido, Ángel escuchó una voz que le decía:

—Tu ganado ha desaparecido. Ven ahora mismo a ver qué pasa.

Entonces, Ángel se levantó muy preocupado y vio la hora en su reloj: eran las doce de la noche. Entonces se dijo: "Es de madrugada. ¿Qué haría yo a esta hora en el páramo, si mi ganado estaba bien cuando yo lo vi? Mejor iré mañana mismo a ver qué hay de cierto en lo que presencié en mi sueño".

Al siguiente día, mientras desayunaba, Ángel le contó todo a su madre y salió enseguida de la hacienda rumbo al páramo, para ver qué pasaba. Cuando llegó a su propiedad, miró alrededor y no encontró a su ganado. Angustiado, se puso a buscar por todos lados, pero no encontró nada, así que decidió volver a la hacienda para pedir a sus vecinos que lo ayudaran. De repente, vio unas huellas de ganado que entraban a la quebrada. Entonces, temeroso, decidió entrar en ella para ver si estaba por ahí, tras dejar a su caballo amarrado a un poste.

Cuando entró a la quebrada sintió que alguien estaba detrás de él y se regresó apresuradamente, pero no vio nada. Siguió



caminando y de repente escuchó una voz muy rara que decía:

—Joven, ¿tú qué buscas por aquí?

Él, muy temeroso, respondió:

—Busco mi ganado, que se perdió, y entré aquí porque vi unas huellas.

—No te asustes, yo solamente soy un duende. Si tú quieres, yo puedo ayudarte.

—Pero asómate para conocerte y así poder conversar —dijo Ángel, y el duende apareció desde lo más oscuro de la quebrada.

Era un hombre pequeño con un sombrero ancho y puntiagudo y una nariz larga. Llevaba una chompa, botas de cuero y una veta con una navaja. Al verlo, Ángel, con algo de temor, le dijo:

—¿En serio podrías ayudarme?

—Claro que sí, solamente tendrías que darme unas pocas cosas.

Nada más escuchar todo esto, Ángel dijo:

—Yo te doy todo lo que tú me pidas, si tú me dejas el ganado en mi terreno mañana mismo.

—Está bien —contestó el duende tras pensarlo un poco—. Cuando vengas mañana por la mañana encontrarás a tu ganado comiendo la paja, pero tú a cambio me tendrás que traer una botella de trago, tostado y una caja de tabacos con fósforos.

Ángel, contento, dijo:

—Entonces vendré mañana con todo lo que me pides. ¿Dónde te encuentro?

—Tú solo déjalo en árbol más viejo que hay en tu terreno y puedes irte a tu casa —contestó el duende, y desapareció.

Ya un poco más tranquilo, Ángel salió de la quebrada, tomó su caballo, volvió a la hacienda y se encontró con su madre, a quien le contó lo que le había pasado y le pidió que le diera haciendo el tostado. Él se fue a su cuarto a sacar el trago, los tabacos y los fósforos. Puso todo en un costalillo y lo dejó listo para el siguiente día.

Cuando llegó al páramo vio a todo su ganado allí; entonces, muy contento, dejó el costalillo donde el duende le había pedido y regresó a su hacienda. Desde ese entonces, Ángel no ha vuelto a perder su ganado, y vivió muy feliz con su mamá en la hacienda.




ROBERTO TOBÍAS TULCÁN
nació en La Merced de Buenos Aires, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Buenos Aires. Su actividad favorita es leer.

Las brujas voladoras

Cuenta mi tío Agustín Quelal que cuando él todavía vivía en La Merced de Buenos Aires, antes de migrar a su actual recinto, la ciudad de Quito, trabajaba de arriero.

Cuenta que un día salió con el señor Segundo Enríquez, con carga en las mulas, hasta la vecina parroquia de Cahuasquí. Su ida fue muy entretenida por el paisaje de los hermosos páramos. Ya en Cahuasquí, descargaron, vendieron, hicieron sus compras, las cargaron y se encaminaron de regreso. En la comunidad

de Pugarán les cayó la noche, así que descargaron las mulas y durmieron.

A las seis de la mañana del día siguiente se levantaron, desayunaron y cargaron las mulas para emprender el regreso. Cuando pasaron el páramo por el sector conocido como El Obelisco, de repente escucharon un estruendo como el de un avión. Ellos no sabían qué era, pero don Segundo se acordó de que su papá le sabía contar que las brujas se trasladaban de aquella manera a su casa, así que le dijo a mi tío:

—Bajémosla. Veamos quién es. Ponga los trastos en cruz y acostémonos nosotros también en cruz.

Ni bien ellos se acostaron, la bruja cayó y supieron quién era, pero ella les pidió que la dejaran ir a su casa antes de que su marido llegara de trabajar. Ellos se levantaron, pero también les pidió que levantaran los trastos. Era una persona que ellos conocían, pero no han querido revelar su identidad hasta la fecha.






ALEJANDRA ELIZABETH VELA
nació en Píllaro, Tungurahua, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Los Andes. Su actividad favorita es escribir.

La voladora

Era tiempo de cosechar el maíz en la parroquia Baquerizo Moreno. Avanzada la noche, mis abuelos tenían que regresar a San Miguelito, un lugar bendecido por Dios. La caminata era larga y cansada, pero al mismo tiempo era un aliento de vida, la sonrisa del alma para nuestros mayores, más aún si consideramos los paisajes de ensueño, como la rivera de Plazuela y Cutzatahua. Pues ahí empezaba un chaquiñán bien empinado y pedregoso llamado Coyucto. Al recorrer este camino, se fatigaban tanto las personas como los animales.



Por la mitad del trayecto había un árbol tan grande como enramado, que daba descanso y sombra a los sudorosos caminantes; hasta ahí llegaron mis abuelos mientras la Luna daba rayos fulgurantes. De pronto, mientras descansaban, apareció una gallina que cacareaba entre las piedras; entonces mi abuela dijo:

—¡Oh, es una gallina, debe ser de los indios de Sucre! ¡Pobre avecita! La amarraremos en los costales del burro que va adelante. —Y así lo hicieron. Luego salieron de Terán y continuaron hasta el barrio La Esperanza.

La Luna empezó a ocultarse detrás de blancas cortinas de nubes viajeras en el incomparable cielo tachonado de estrellas. De pronto se escuchó una voz quejumbrosa que decía:

—¡Merceditas, Merceditas, ya me duelen las piernas! ¡Por favor, bájenme de aquí!

La voz provenía del burro que iba adelante. Asombrados, mis abuelos dijeron:

—¿Qué es esto?

Y de inmediato, prendieron un fósforo para ver qué pasaba. ¡Oh! Era una señora muy conocida por la familia. Estaba atada de pies sobre la carga.

—¿Cómo está usted aquí? —preguntaron—. ¿Qué le pasa?

—Discúlpenme, ya no lo puedo negar: soy una voladora. Y mis compañeras me dejaron, no pude seguirlas —decía entre lágrimas—. No me dejen aquí, llévenme a su casa y no le digan a nadie. Viviré agradecida de por vida.

Ya llegando a casa y más calmada, contó que conocía muchas ciudades y pueblos de distintas naciones.

—A esto entré por pura curiosidad y por algo de dinero, por la ropa linda que vestían mis amigas —dijo—. A veces me encuentro con un hombre, no sé si es un demonio o no, pero cuando estoy con él me da dinero. Así saqué adelante a mis hijos. Esta es mi historia. Por favor, no me pregunten más.




SHIRLEY SOLEDAD GUDIÑO
nació en Ibarra, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra. Su actividad favorita es escribir en computadora.

La negra bembona de oro y el dinero en el río Chota

Mi abuela siempre ha dicho que si hacemos mandados o lavamos los platos con buena gana tendremos buena suerte para todo: en la amistad, el amor y en todo lo que hagamos. Bueno, ese es e1 dicho de mi abuela, y de hecho es el que más me gusta.

Cuando mis tías Macamen y Lizandra eran jóvenes, se turnaban para lavar los platos; cada quien tenía asignado su día. Mi abuelita les decía que si no los lavaban con buena gana, se les aparecería una negra bembona con dientes muy blancos, desnuda y de piel muy oscura, y que cada vez que la vieran deberían poner una sábana en el suelo; ella se acostaría y dejaría oro.

Un día, mis tías lavaban los platos, conversaban y también se reían de todo lo que les había pasado durante ese día. Entre la conversa, empezaron a escuchar como que alguien estuviese corriendo en la cocina. Después sintieron unos gritos muy fuertes:

—¡Macamen! ¡Lizandra!

Pero ellas pensaban que era su madre que les gritaba para que le llevaran algo, por eso no pusieron mucha atención.

Después sintieron en verdad que alguien corría alrededor de la cocina gritando como si se estuviese quemando. Era la señal para que pusieran una sábana en el piso y la negra bembona se pudiera acostar. Ella se sacudía para poder dejar el oro, pero una de mis tías le gritaba a la otra que trajera una sábana y ninguna de las dos lo hacía, porque se encontraban en *shock*.

La negra bembona corrió durante toda la cocina como treinta minutos, pero ninguna de mis tías reaccionó, así que desapareció y mis tías se quedaron con la duda: ¿qué habría pasado si hubiesen obtenido ese oro?

Otra historia muy parecida: cuando eran niñas, mi madre y mis tías salían a jugar al río todas las tardes con sus amigas. Allí jugaban a que eran madres a las que se les morían las hijas; estas eran unas piedras en forma de bebé, que enterraban en la arena del río. Mientras lo hacían, lloraban para que su juego pareciera un poco más real.



Un día, mi madre y mi tía decidieron jugar solo las dos. Salieron de la escuela, llegaron a la casa, se cambiaron de ropa y salieron al río. Fueron en busca de las piedras y cuando las encontraron empezaron a cavar. En ese momento empezó a pasar algo muy raro: ellas cavaban y cavaban y saltaban sucres. Estaban muy felices pero al mismo tiempo asustadas, porque nunca habían visto tal cantidad de monedas y no podían ni imaginarse que salieran de la arena del río.

Mi madre y mi tía, entre el susto y la emoción, salieron corriendo en dirección a la casa en busca de su hermana mayor. Le dijeron que las acompañara al río, que necesitaban indicarle algo. Preocupada por lo que escuchaba, salió corriendo junto a ellas.

Al llegar, mi madre le dijo a mi tía que cavara. Ella raspaba y raspaba la tierra pero no pasaba nada. Tras gritarles pensando que era broma, las otras dos empezaron a cavar y entonces sí las monedas saltaron una tras otra. Mi tía se asombró y salió corriendo, pero en busca de un frasco para recolectar las monedas.

Era un frasco tan grande que parecía imposible de llenar, pero finalmente quedó repleto de monedas. Mi tía, muy feliz, lo puso encima del armario del cuarto. Sin embargo, a la semana de dicho acontecimiento pasó algo muy extraño: el frasco desapareció. Siempre rondó la duda en mi familia: ¿se 1o robaron?, ¿ocurrió algo paranormal? Nadie lo sabe hasta e1 día de hoy. ¿Qué pasó con la negra bembona de oro y las monedas encontradas en el río Chota?

ERIKA GERMANIA ESTACIO
nació en Ibarra, Imbabura, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo. Su actividad favorita es comer.

La boda

Muchos abuelitos contaban que, en las festividades tabacundeñas como San Pedro, era normal que los diablillos salieran a divertirse. Sin embargo, en una boda jamás había sucedido algo parecido, así que es un misterio lo que llevó a esto.

Una pareja humilde y sencilla había celebrado su boda de la mejor manera. Como era costumbre en aquellas épocas, no fue una fiesta grande, más bien todo lo contrario, pero no faltaron comida ni bebida. En la fiesta se encontraban presentes

sus familiares y amigos, y también niños. Luego de terminar de comer, empezaron a ingerir bebidas alcohólicas y a bailar, cuando a lo lejos pudieron ver que llegaban dos invitados más, con trajes impecables y de terciopelo. Nadie los conocía, pero como eran amigables los acogieron y les dieron de comer, y sin importar quiénes eran, prosiguieron con la fiesta.

Fue aquí cuando los niños, que en ocasiones son entrometidos, vieron que esas personas no eran normales: sus pies no coincidían con los de un humano, tenían pezuñas enormes, y bajo sus trajes tenían una cola, algo inexplicable que alarmó a los niños. Al verlo, salieron a conversar fuera de la fiesta, pues sabían que, si se lo contaban a un adulto, no les creería.



Mientras platicaban, se dieron cuenta de que la casa estaba cada vez más cerca de la quebrada, y que pronto caería al precipicio con todos dentro. Fue otro suceso inexplicable que hizo dudar más a los niños: no saber cómo había llegado la casa hasta allí. Sin embargo, comenzaron a gritar para que todos observaran lo que estaba sucediendo.

En ese momento, los hombres extraños desaparecieron. Habían querido llevárselos a todos en un momento, aprovechando la ocasión y la embriaguez de los invitados.




ALDO JOFFRE GAMBOA
estudia en tercer año
de Bachillerato de
la Unidad Educativa
Ambato.

Juana de Oro

Cuenta una leyenda muy conocida y famosa de la parroquia Atahualpa, que existía una chica llamada Rosa María Chango que era hija de un zapatero. Un día se acercó a la acequia que quedaba cerca del GAD[1] parroquial de Atahualpa, ya que la humilde chica vivía de lavar ropa de los demás.

Cuando bajó a hacerlo, el teniente político de aquella época le prohibió que se quedara allí, pues decía que daba una mala

1 Gobierno Autónomo Descentralizado.



imagen a la parroquia. Ella, muy obediente, se alejó de aquel lugar para no causar inconvenientes.

Rosa María vivía en una choza en la loma que existe en Atahualpa, junto a su padre y abuelita. Como era muy parecida a ella, la apodaron Juana, ya que así se llamaba la anciana.

Las personas trataban a Juana con cariño. Aquella chica portaba collares de coral de cuatro líneas, faldas plisadas de vistosos colores y blusas blancas llenas de encajes con bordados azules. Sin embargo, lo que asombraba a todos quienes habitaban en la parroquia era que, con el pasar de los años, Juana no envejecía, se mantenía en su eterna juventud. Un día una señora le preguntó:

—Muchacha, ¿qué haces para permanecer siempre joven?

Ella, muy tímida, respondió:

—No sé, creo que se debe a los collares de coral que llevo puesta, pues están bañados en oro y este metal precioso me mantiene joven. Así lo cuenta toda mi familia, ya que este collar ha pasado de generación en generación.

La señora, al escuchar esto, se desesperó por conseguir el collar y quiso hacer lo imposible por obtenerlo. Después de un tiempo, el secreto de aquella chica estaba en boca de todos; trataban de comprobar si era verdad.

Un día, el padre de la parroquia dijo que eso era imposible, que eso tenía que ser brujería. Al escuchar esto, el pueblo se acercó a la casa de Juana y la quemó, para así terminar con la bruja. Ella murió cruelmente en su choza con el collar puesto.

Con el pasar del tiempo Juanita buscaba venganza; su alma no estaba en paz. Abrió la tierra e hizo caer al padre de la parroquia, al teniente político y a la señora en una especie de infierno, pero la diferencia era que todo lo que ellos veían era de oro.

Juana les preguntó si querían quedarse allí con el oro y la riqueza o regresar a sus vidas actuales. El padre y la señora respondieron que preferían la riqueza; solo el teniente político dijo que no. Entonces, Juana lo regresó a Atahualpa. A los otros dos, por su ambición, los dejó en aquel lugar, al que transformó en un cruel infierno.

El teniente político se encargó de contar a los demás lo que había sucedido. Quienes escucharon su relato cavaron en la esquina que ahora se conoce con el nombre de San Vicente. Se escuchaban gritos de desesperación, ya que se decía que Juana era como un diablo que se llevaba a todas las personas ambiciosas y codiciosas.

En la actualidad el hueco sigue existiendo, pero ya no se escucha nada. Se cree fielmente que esto sucedió, y a la muchacha hoy se le dice Juana de Oro.




MERCEDES JACQUELINE LOOR
trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Cerezal-Bellavista.

Un hombre con sombrero y a caballo

Contaba mi madre que, cuando ella era muy pequeña, no existían carreteras, ni muchas casas, ni vehículos. El medio de transporte era a pie o a caballo; si tenían que cubrir mucha distancia, a veces tomaba días enteros.

Un buen día, un joven se dirigía a buscar trabajo para el sustento de su familia. En un sendero donde se sentó a descansar, de pronto le llegó un olor a azufre, y acto seguido apareció un hombre con un sombrero de alas anchas y traje negro, en un hermoso caballo. Se saludaron y conversaron: el joven le contó las penas de su familia. Cuando se disponía a continuar su camino, el hombre del sombrero le dijo:

—Llena un saco con esas hojas que están allí. Amárralo y no lo abras hasta llegar a tu casa.

El joven, un poco incrédulo, lo hizo, pero no llenó el saco completo, sino solo un cuarto de este, y continuó su camino. Al llegar a su casa se llevó la sorpresa de su vida, al encontrar dentro del saco billetes que le sirvieron para solventar a su familia y comprarse una finquita, no sin antes arrepentirse por no haberlo llenado. Cuentan los entendidos que aquel señor del sombrero era el Diablo.






JOSÉ ALBERTO VÁSQUEZ
nació en Cariamanga, Loja, en 1986. Trabaja en la Unidad Educativa Cornelio Vélez. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

Leyenda del muerto

Hace mucho tiempo, en la ciudad de Cariamanga existió un hombre adinerado, que era muy orgulloso, déspota y nada caritativo. Las personas de la ciudad no le apreciaban mucho y se sentían sometidas por él.

Terminada su vida, y dado a que en aquella época no existían funerarias, la gente se reunió para la velación del cadáver. Durante el transcurso del día todo sucedió de forma normal pero llegada la noche, exactamente a las doce, empezó a correr una brisa muy

fría y el ambiente se tornó muy pesado. Los perros comenzaron a aullar, las gallinas se asustaron y la mula que pertenecía al finado comenzó a relinchar y a inquietarse. Los acompañantes comenzaron a sentir miedo, por lo que empezaron a rezar el rosario. Luego, un viento muy fuerte apagó todas las velas y el lugar quedó en completa oscuridad. Cuando lograron encender algo de luz se dieron cuenta de que el ataúd donde se encontraba el cadáver estaba abierto y sin el cuerpo del difunto, y luego de un momento se dieron cuenta de que la mula tampoco estaba.

Para no enterrar el ataúd vacío, los familiares colocaron unos troncos de plátano, mientras en el pueblo se comentaba el hecho y se decía que el hombre había sido llevado por el diablo en cuerpo y alma.



SAMMY MARIEL CUESTA
nació en Pasaje, El Oro, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Enrique Coello Lecaro. Sus actividades favoritas son leer y jugar *indoor*.

El Piacho

El señor Washington Sánchez, de apodo Piacho, vivía en Tunuyunga, a quince minutos de Chillayacu. Le gustaba asaltar a los comerciantes que venían de Riobamba y a la gente de la parroquia de Uzhcurrumi y del pueblo de Chillayacu. Robaba las pertenencias que traían a vender, les cortaba la cabeza, las enterraba debajo de una piedra y botaba los cuerpos en el río, hasta que la gente se cansó de ver tanto crimen y fueron a denunciarlo a las autoridades.

El señor Néstor Asanza, junto a dos policías, fue en busca de él y de su familia para detenerlos. Después de tanto buscarlos, los encontraron en la casa. Ahí comenzó la balacera, en la cual los hermanos de Piacho, Darío y Homero, mataron a un policía e hirieron al otro, que gracias a Dios pudo escapar y corrió a Uzhcurrumi a comunicar que al señor Néstor Asanza le habían cortado su pierna.

Asanza había podido arrastrarse hasta una piedra grande, a la que se arrimó mientras el Piacho iba revólver y machete en mano para matarlo. En ese instante, Asanza sacó su pistola y le disparó en el corazón. Del impacto, el Piacho le arrojó el revólver a Néstor. Entonces apareció Darío con su hermano Homero y le abrieron la cabeza de dos machetazos.

Una vez que murió, los hermanos del Piacho lo taparon con hojas de sabaluco y lo dejaron en la pampada. Militares y policías llevaron el cuerpo del Piacho a la casa para que fuera velado por sus familiares, quienes, al ver que los uniformados estaban allí, se fueron corriendo y dejaron el cadáver abandonado. Al ver esto, quienes cargaban los cuerpos del Piacho y del señor Néstor se los llevaron: fueron por Abañín, luego por Tendales y allí esperaron a un camión que traía caballos. Los militares tiraron el cuerpo del Piacho en las patas de los caballos, mientras que al cuerpo del señor Néstor lo llevaron en un taxi. Cuando llegaron a donde estaban las autoridades, les dieron a conocer el caso y dijeron que querían el corazón del Piacho, petición que fue concedida. Así fue que se lo llevaron y lo tienen embalsamado en Quito para su exhibición.

Después de la muerte del malhechor, los señores Amador Asanza, Alberto Asanza, Leonardo Sánchez y Odilón Sánchez fueron en busca del resto de la banda; los encontraron dormidos en el monte y esperaron a que se levantaran. A las 6h00, el señor



Amador Asanza detuvo al papá y al hermano del Piacho, y los otros detuvieron a los demás. En eso vino la mamá del Piacho con una lampa para atacar al señor Amador Asanza, quien le dijo:

—¿Te controlas o te mato?

Las hijas, al escuchar eso, cogieron a la señora para que se tranquilizara. A los forajidos los amarraron y los llevaron a la cárcel de Zaruma. En Uzhcurrumi la gente agradeció que por fin podía vivir en paz.




TATIANA ELIZABETH GONZÁLEZ
nació en Quito, Pichincha, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Santa María Eufrasia. Su actividad favorita es leer.

La Ruta 36

Era una tarde de primavera. Tenía que llegar a una reunión muy importante de trabajo para la tarde del día siguiente. Llegué a una estación de autobuses en la que me dijeron que el único que podría llevarme arribaba en la noche, y para colmo era la última ruta de buses que salía, pero yo no quise esperar, así que decidí caminar hasta un pequeño poblado que quedaba antes de mi destino final.

Anduve y cuando me di cuenta el cielo ya se había oscurecido y yo todavía estaba a medio camino. La verdad, no recordaba

cuánto tiempo llevaba caminando y no tenía un reloj que me dijera qué hora era. El último que había visto era uno en la estación de buses, que daba las cuatro y cincuenta y dos. Imaginé que debían haber pasado unas dos o tres horas desde mi partida. Mi única esperanza era que la última línea de transporte de buses pasase por allí y me recogiese.

El camino era de tierra. A decir verdad, era una ruta muy antigua, pero era la única forma de llegar; no tenía de otra, más que seguir caminando. En medio de la noche logré divisar detrás de mí unas luces algo débiles. Realmente me sentía feliz de ver al bus dirigirse hacia mí. Cuando se acercó pude ver que era una unidad muy antigua, su estructura de metal estaba algo oxidada; sin embargo, eso no me importó y cuando estuvo cerca le hice señas para que se detuviera y me recogiera.

Afortunadamente, el conductor se detuvo frente a mí. Era de edad avanzada, y yo lo sabía porque su cabello era tan blanco como la nieve. Su mirada era amable, y un momento después de que abriera las puertas del bus yo subí a bordo. Tenía mi pasaje en la mano como cualquiera, pero el conductor no me cobró. Pensé que se había olvidado, y que me lo cobraría cuando me bajase.

Miré por todo el interior del autobús. Tenía el piso de madera y estaba lleno de gente. Seguí avanzando y me percaté de que atrás, casi al final, había un asiento libre. Era algo raro, pero no me importó, así que me senté en aquel lugar. Una vez que me acomodé me di cuenta de que, a pesar de ser tan tarde, nadie dormía, ni siquiera los niños. Todos iban despiertos, y lo más curioso para mí eran sus ropas, como de una época muy lejana. Me sentía como si estuviese en una película de esas que solía ver mi abuelo, a blanco y negro.

Pensé que lo mejor para mí era dormir un poco, pero no pude cerrar los ojos en todo el camino. La atmósfera era demasiado



pesada, y por algún motivo me mantenía siempre en un estado de alerta. Miré un poco más al extraño autobús y buscaba explicaciones en mi mente a todo lo que me rodeaba. Finalmente, observé con mayor detenimiento el lugar donde se encontraba el conductor y vi un rótulo que decía “Ruta N.° 36”. Mi mente estaba inquieta, no dejaba de pensar ni un solo segundo durante el viaje, hasta que opté por mirar por la ventana, tratando de buscar en la oscuridad de la noche un poco de consuelo y alivio que me mantuviera distraído de todo lo que estaba pasando a mi alrededor.

Todo parecía tan normal hasta que el autobús llegó a una colina. La escaló con algo de dificultad debido al peso que llevaba en su interior, pero a pesar de todo logró llegar a la cima. Ya en el descenso, el conductor comenzó a utilizar los frenos constantemente. La bajada era algo peligrosa porque era empinada, y parecía la mejor idea ir despacio, con mucho cuidado, ya que la carretera de tierra

estaba muy angosta, casi no había luz y cerca había una quebrada muy profunda.

Sinceramente, esperaba que el bus me llevara hasta el pueblo que quedaba cerca y, si era posible, que me dejara en el lugar en el que se iba a llevar a cabo la junta de trabajo, pero justo unos metros antes de llegar a un puente de piedra —que era la única vía que cruzaba la quebrada— el conductor se detuvo y me hizo señas de que me acercara a él. Creí que se había acordado de que no me había cobrado el pasaje, sin embargo no fue así: me pidió que me bajase, que me diera la vuelta y que no volteara hasta que el autobús arrancara y se marchase.

La curiosidad me estaba matando, pero tuve que hacer caso: me di la vuelta y escuché claramente cuando las puertas se cerraron a mis espaldas, el autobús arrancó y se fue. Una vez que se había marchado me di vuelta. Pensé que lo vería cruzar el puente o tomar otro camino, pero no vi nada ni a nadie. El autobús había desaparecido como por arte de magia. Poco después pasó otro y se detuvo a recogerme. Llegué a aquel pueblo cercano y allí pasé la noche, pero la duda de lo que había pasado permanecía en mi mente.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, un hombre de unos ochenta años de edad se dio cuenta de mi preocupación y me preguntó por qué me encontraba angustiado y confuso, así que decidí contarle lo que había vivido la noche anterior. Aquel hombre me miró sorprendido y me contó una vieja historia sobre un autobús fantasma que recorría la misma ruta que había seguido en vida.

La historia que me contó decía que hacía ya muchísimo tiempo un autobús que recorría esa misma ruta, durante una noche de luna llena, sufrió un percance mientras bajaba la colina que estaba antes de llegar al puente. Los frenos habían sufrido un desperfecto

mecánico, y el conductor trataba de calmar a los pasajeros mientras buscaba una solución. Sin embargo, el autobús ya había cogido demasiada velocidad, estaba totalmente descontrolado y finalmente ocurrió lo inevitable: se precipitó por la quebrada y mató a un montón de gente. Poco después el bus se prendió en llamas, y fallecieron todos aquellos que habían sobrevivido a la caída. Las personas que estaban conscientes y habían tratado de escapar no lo lograron; murieron entre gritos, sollozos y lamentos.

No hubo sobrevivientes esa trágica velada, pero se dice que cada noche de luna llena el autobús pasa por la misma ruta y que aquellos que se suben encuentran un lugar solo para ellos. Cuando llega al lugar del accidente, el conductor te pide que te bajes, te des vuelta y esperes a que se vaya para poder darte vuelta. Si te das vuelta antes de que se haya ido, verás al conductor mirándote fijamente con un rostro cadavérico y totalmente destrozado por la caída y el incendio. También podrás ver a los pasajeros del bus desmembrados y quemados.

Además, te convertirás en un pasajero permanente del bus, que por casualidad es el de la Ruta 36. Así que si por coincidencia subes a esta unidad, haz lo que te pida el conductor o tu alma estará condenada a repetir la misma tragedia una y otra vez por toda la eternidad. Y todo por no ser obediente.



DANIEL MORALES RUANO
trabaja en la Unidad Educativa Cotacachi.

La quebrada maldita

Eran las ocho y treinta de la noche, hacía frío. Al salir a la plaza me encontré con mi gran amigo y confidente Lenin, saludamos cariñosamente y le pregunté:

—¿Qué haces solo?

Él respondió:

—Estaba aburrido en mi casa y decidí salir a ver quién asomaba. ¿Tú qué haces? —preguntó.

—Igual que tú, salí a ver qué hay, si salen a jugar fútbol.

A continuación me propuso algo inquieto:

—¿Qué tal si vamos a visitar a la Fernanda y a la Jéssica y pasamos el rato charlando de la vida y contamos chistes?

—Pues me parece buena idea —dije.

Compramos papas fritas y unos dulces, y emprendimos el viaje a Cuicocha. Para llegar a nuestro destino teníamos que pasar una quebrada. Las personas mayores tenían historias paranormales que habían experimentado cuando pasaban la quebrada a altas horas de la noche, especialmente cuando eran las doce. Al recordar aquello, quedamos en dar la vuelta alrededor de las once.

Al cruzar el río se sintió una brisa pesada y fría, pero no hicimos caso: seguimos nuestro camino y alcanzamos el final de la cuesta. Un faro alumbraba la salida de la quebrada. Continuamos hasta llegar a la casa de nuestras amigas y silbamos, como de costumbre. Fernanda y Jéssica salieron a recibirnos con una sonrisa. Nos sentamos en una vereda junto a la casa, mientras conversábamos de las cosas que habíamos hecho en el día y en la semana. Luego empezamos a contar chistes, incluyéndonos en ellos para hacerlos más picantes. En ese mismo momento, la mamá de Jéssica y Fernanda nos invitó a pasar para tomar un cafecito contra el frío. Entramos al comedor y la mamá de las chicas también participó de la conversación, que se tornó graciosa con el recuerdo de anécdotas pasadas.

El tiempo transcurrió sin que nos diéramos cuenta de que ya eran cuarto para las doce de la noche, lo cual nos puso inquietos a Lenin y a mí. Nos levantamos, agradecimos por el café y salimos; las chicas nos acompañaron a la puerta para despedirnos. Continuábamos muy inquietos, mientras que las chicas se reían, burlándose de nuestro miedo. Al final nos despedimos y empezamos nuestro retorno a casa.



Iniciamos el descenso de la quebrada. Era una noche de luna y se empezaron a escuchar voces, pasos y un llanto de bebé que salía de la profundidad. Eso nos asustó mucho, así que seguimos con paso rápido. Al acercarnos al río sentimos pasos detrás de nosotros, pero al voltear la mirada no vimos nada. De pronto, Lenin gritó asustado:

—¡Sentí que alguien me tocó el hombro! —Pero no había nadie.

Al rato se escuchó el trino tenebroso de un pájaro. Proseguimos. En ese instante, un toro bastante grande se encontró frente a nosotros y nos miró fijamente. Lenin y yo pasamos temblando sin mirarlo. Al final me dieron ganas de voltear a ver al toro, pero para mi sorpresa ya no estaba, había desaparecido.

Ya ascendiendo la quebrada empezamos a escuchar de nuevo unos llantos de bebé. Eso nos puso la piel de gallina y corrimos aterrorizados. Cosa extraña, el toro volvió a aparecer en medio camino. No sabíamos qué hacer; buscamos piedras y palos para hacer que se fuera a la zanja y poder cruzar. Al final conseguimos pasar y sin perder tiempo corrimos lo más que pudimos para poder llegar a la plaza.

Cuando llegamos allí, unos amigos estaban descansando después de hacer deporte. Quedaron asombrados al ver que estábamos pálidos y botando espuma por la boca. Terminamos desmayados. Tomamos conciencia al día siguiente, en nuestras respectivas casas.

Al despertarme sufría de un fuerte dolor de cabeza y también del cuerpo. Mi papá entró en mi cuarto y me empezó a curar del mal viento.

Días después salí con mi amigo Lenin, charlamos sobre lo ocurrido y de los aterradores momentos que pasamos. Nos dimos cuenta de que las historias de los mayores no son mentiras y que tenemos que prestarles más atención.

MARÍA ISABEL CUASCOTA
nació en Tabacundo, Pichincha, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo. Su actividad favorita es leer.

El sepulturero y la calavera

Había una vez un hombre llamado Eduardo que trabajaba excavando tumbas. Un día, una vecina de su comunidad le pidió que excavara una para su esposo, que acababa de morir. Eduardo aceptó sin ningún tipo de excusa, y al momento de empezar con su trabajo observó un cráneo. Se le ocurrió llevarlo a su casa y así lo hizo: lo colocó en el soberado[1]. Su esposa, María, reprochó su

1 Desván.

acción, pero sin nada que hacer decidió respetar la decisión de su esposo.

Pasaron semanas hasta que un día su esposa fue a Cayambe a hacer las compras. Al regresar, desde lejos pudo observar a una persona que vestía un sombrero grande, pantalón blanco y poncho verde, una vestimenta muy similar a la que se utilizaba hacía mucho tiempo. Sin embargo, tras acercarse más a su casa, pudo darse cuenta de que poco a poco ese ser desaparecía. Para María era muy raro, pero no le dio tanta importancia.

Los esposos eran padres de un recién nacido, y empezó a ocurrir que en la noche a su hijo lo dejaban durmiendo en la cuna pero al amanecer lo encontraban en los costados de la cama. Nadie se explicaba cómo podía llegar hasta allí.



Una de esas noches tan raras, María tuvo una pesadilla: un hombre muy parecido al que había visto aquella tarde se le acercó y le dijo:

—Regrésame a mi lugar de descanso; caso contrario, me llevaré a tu hijo.

Despertó asustada en medio de gritos y llantos, corrió a ver a su hijo y lo encontró tirado en el suelo, pocos pasos antes de la puerta.

Tras ese acontecimiento, María llevó aquel cráneo al cementerio y lo dejó en el mismo lugar en que su esposo lo había extraído semanas atrás. Esa misma noche, María tuvo otro sueño: aquel mismo ser le agradeció por haber cumplido su petición. Desde entonces, su esposo nunca volvió a hacer algo parecido, pues se dio cuenta de que había estado a punto de perder a su hijo.




KARLA CECILIA SANTACRUZ
nació en Pichincha, en 1989. Estudia el Módulo 4 de la campaña Todos ABC de la Unidad Educativa Monseñor Leonidas Proaño. Sus actividades favoritas son bailar y escribir.

Un don especial

Hace mucho tiempo, cuando yo era niña, mi madre me contó que había nacido con virtud. Cuando le pregunté qué era eso, me explicó que yo tenía un don, y que tuviera cuidado, porque a las brujas no les gusta que nazca alguien que tenga más sabiduría que ellas.

A los ocho años yo tenía algo raro que todavía no entiendo. Dice mi madre que yo amanecía fuera de la casa, que cuando ella despertaba yo no estaba en la cama. Entonces ella salía angustiada



a buscarme y me encontraba afuera, dormida. Mi madre no entendía cómo salía de la casa o quién me sacaba, porque estaba puesto el seguro.

Después de un tiempo, me dijo que estaba cansada de que todas las noches pasara lo mismo, y decidió no dormir para averiguar la razón. Pero esa noche no ocurrió nada.

El año siguiente las cosas cambiaron, y empecé a tener visiones muy raras. Una noche me desperté con mucha sed y me levanté de la cama. Cuando me acercaba al pondo de agua la vi: una mujer hermosa estaba sentada allí, y había una luz muy linda alrededor de ella. Ella me miraba y me llamaba, y yo, sin pensar, me acercaba hacia ella. Pero mi madre se despertó y la hermosa mujer desapareció.

Desde ese día comencé a ver muchas cosas extrañas, pero lo más raro es que nunca tuve miedo. Por ese tiempo falleció mi padre, y después del entierro empecé ver su espíritu por las noches. Él me despertaba cuando yo dormía y hacía mímica. Cuando algo malo iba a pasar, él me avisaba; siempre estaba conmigo, en todo lugar.

Un día le conté a mi madre lo que me estaba sucediendo y ella no lo podía creer. Cada vez pasaban cosas más raras, así que decidió llevarme donde un curandero. Este le dijo que yo tenía una virtud, que ese don no lo tenía cualquiera, que tenía que cuidarme de las brujas, pues podían chuparme el don o matarme. Por eso el espíritu de mi padre nunca me abandonaba.

Mi madre, con miedo y desesperada, decidió mandarme a vivir lejos: de Chota a la ciudad de Quito, con mi tía. Pero ni porque estaba lejos me abandonaba el espíritu de mi padre. Ya me había acostumbrado a él.

El día que cumplí los dieciocho años de edad me enteré de que estaba embarazada. Hasta el día que nació mi hija vi al espíritu de mi padre; después, pasaron meses y ya no lo volví a ver. Mi madre me dijo que al darle la vida a mi hija, perdí la virtud.

FRANKLIN AGNELIO VELASCO
nació en San Miguel, Bolívar, en 1968. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Pedro Celestino Paucar. Su actividad favorita es la lectura.

La fortuna del runa[1]

En una comunidad vivía un señor que llegó a tener muchas propiedades, innumerables cabezas de ganado bravo e incontables ovejas que parecían flores de algodón en las laderas del frío páramo. Habitaba por donde serpenteaba la primera carretera que unía la Costa con la Sierra, cuyos precipicios causaban temor a quienes debían circular por allí obligatoriamente.

Quienes lo conocían no comprendían cómo aquel hombre, que había llegado a vivir por esos lares, dejando atrás la pobreza

1 Hombre.

de su tierra natal, pudo hacer tanta fortuna de la noche a la mañana. Se decía que había hecho dinero a consecuencia de los frecuentes accidentes de tránsito que ocurrían por este sector: como no era fácil acceder por lo inhóspito del lugar, era él quien acudía prontamente a brindar "auxilio" a quienes estaban en desgracia. Pero resulta que no recibían ayuda, sino que primero llegaba a buscar los objetos de valor, las pertenencias de los heridos y fallecidos, para ponerlos a buen recaudo y luego darles otro destino. Lo mismo sucedía con las piezas de los automotores que habían quedado en buen estado luego de dar varias vueltas e ir a descansar en el lecho del río, de donde era casi imposible rescatarlos.

La gente, cansada de que en cada accidente sucediera lo mismo, lo denunciaba ante la Policía para tratar de poner fin a estas obras reñidas con la ley y las buenas costumbres; esperaban que el culpable recibiera su castigo. Fue así que, en cierta ocasión, los gendarmes, luego de hacer el seguimiento respectivo, lograron capturar al malandrín, lo amarraron bien y lo estaban trasladando en el balde de una camioneta hasta el retén de la parroquia. Mas, para su sorpresa, en una de las tantas curvas de la angosta vía observaron que logró zafarse de las ajustadas amarras y se lanzó por los riscos empinados de un precipicio, en cuya parte superior se podían ver muchas cruces mudas, testigos de tanta muerte ocurrida allí.

Al percatarse de lo ocurrido, detuvieron la marcha de la patrulla y empezaron la búsqueda del reo. Se imaginaban que lo encontrarían despedazado, pues era casi imposible que lograse sobrevivir. Revisaron de cabo a rabo el sector, lo peinaron, como ellos dicen, pero no lo encontraron por ningún lado. Pidieron ayuda a otros destacamentos y nada: aquel hombre desapareció como por arte de magia.



A raíz de este hecho empezó a correr la versión de que el hombre tenía un pacto con el diablo, pues por más que intentaban detenerlo nunca lo podían hacer, siempre desaparecía por algún extraño motivo.

La duda parecía darles la razón, pues sus cosechas eran las mejores: puro *guanlla*, como se conoce en este sector de la Sierra a los productos más grandes y mejor presentados. Mientras las cosechas de sus vecinos sucumbían a heladas, sequías y plagas, las suyas asombraban por lo abundante.

Lo mismo sucedía con el ganado de su propiedad: sus ovejas parían de dos en dos, igual que sus vacas, y al ganado bravo que tenía en el páramo era difícil contarlo por lo numeroso y a la vez

peligroso. En fin, basta decir que nunca le habían robado o, si lo habían hecho, no se daba ni cuenta; todo era prosperidad.

Pero, como se dice: “La vida es un restaurante de donde nadie se va sin pagar”. Los días de felicidad se fueron apagando poco a poco. La primera desgracia ocurrió con su hijo más querido, que estaba haciendo lo que a él más le gustaba: encerrar a los astados para que fueran toreados en alguna fiesta. Uno de ellos, el más bravo, escapó del toril y empezó a correr cuesta abajo por la carretera. Causó temor a quienes transitaban por allí, pues el animal embestía todo lo que podía, incluso carros. Después de perseguirlo varios kilómetros lograron alcanzarlo, y cuando el hijo del hombre se disponía a enlazarlo, el feroz animal embistió al caballo y con él al jinete, y rodaron los tres por el barranco. Ya pueden imaginarse la muerte que tuvieron.

Así se iban presentando los infortunios. Luego le tocó el turno a otro de sus hijos, un hombre muy serio hasta que se enamoró y estableció una relación. Su padre, sin embargo, no la aceptó, y le quitó todo el apoyo que le daba. A causa de esto, el hijo quedó en la ruina y terminó sus días sumido en el alcohol.

El tercero de sus hijos, joven aún, murió de cáncer, y un hijo de este al cabo de pocos años también falleció por la misma enfermedad.

De las hijas mujeres no se ha contado nada.

El protagonista de este relato vive todavía, solo, ciego, abandonado por el nieto más querido, quien heredó sus tierras, el ganado que le quedaba y las historias que seguramente él le contaba.

EDWIN ISMAEL CHÁVEZ Y JACKSON FABIÁN SARAGURO nacieron en Pucará-Cerro Negro, Azuay, en 2000. Estudian en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cornelio Vélez. Sus actividades favoritas son jugar fútbol y leer.

El caballo cubierto de sangre

Cuenta mi papá que, hace algunos años, cuando era un niño y vivía con sus hermanos y sus padres, tenían una casa cerca de la comunidad de Peñas. Cerca de esta casa vivían el señor Alejo y la señora Elena, quienes también tenían hijos.

Una vez, esta familia les invitó a los padres de mi papá a una cena en su casa. Ellos fueron y dejaron a sus hijos para que

durmieran, pero apenas salieron, los hijos de don Alejo y doña Elena golpearon la puerta. Los hermanos de mi papá abrieron y los niños les preguntaron si podían jugar con ellos porque estaban aburridos, a lo que los hermanos de mi papá respondieron que sí, porque aún no tenían sueño.

Se pusieron a jugar al papá y la mamá entre todos. Jugaron y jugaron hasta las diez de la noche, cuando los hijos de la señora Elena ya se cansaron y se fueron a su casa; y mi papá y sus hermanos continuaron jugando.

Así llegó la una de la madrugada y sus papás no regresaban. Entonces, de repente, escucharon un ruido extraño que se acercaba cada vez más y cada vez era más fuerte. Era el grito de



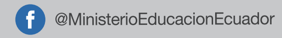
un caballo que quería entrar a la casa y golpeaba en la entrada de la casa. Por el orificio de la puerta los niños pudieron ver que el caballo tenía frenillos, sus ojos eran rojos, tenía sangre en su hocico y en todo su cuerpo, y lo montaba un jinete vestido de negro. Mi papá y sus hermanos estaban completamente asustados y no sabían qué hacer.

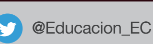
Lo único que hicieron fue gritar y llorar, fueron a sus camas y se cubrieron con las colchas. El ruido del caballo se fue escuchando cada vez menos, hasta que finalmente se quedaron profundamente dormidos.

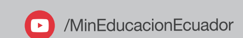
Al día siguiente, muy asustados, les contaron todo a sus padres, quienes les respondieron que eso les pasó por quedarse jugando hasta altas horas de la madrugada. Desde aquel entonces, ellos no volvieron a jugar hasta muy tarde.

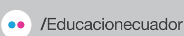


Seres de la naturaleza, duendes, personajes religiosos o de la cultura popular ecuatoriana son algunas de las figuras que encontrarás en este libro lleno de magia. También podrás leer anécdotas y descripciones sobre las tradiciones de nuestro país. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.













Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec